

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 105

Administración: Cristóbal Bordiá, 1, Madrid

1.º Noviembre 1902

La evolución de la Filosofía en España.

Anarquismo místico; su legitimidad.—Diferencias psicológicas del anarquismo del Norte al del Sud de Europa.—El anarquismo en Inglaterra.—El carácter moral de los ingleses.—La libertad de la mujer en Inglaterra; sus causas.—La psicología del pueblo inglés; su misticismo.—Los llamados anarquistas de acción; su sentimentalismo.—El llamado propagandista por el hecho en España.—El anarquismo andaluz, el anarquismo catalán; diferencia psicológica que ambos presentan; su conjunción en la evolución anarquista.—Fermín Salvochea.—Republicanos comunistas.—Cómo se convirtió Salvochea al anarquismo.—Relación que se establece entre los ideales y los hombres.—Beneficios que ambos reciben mutuamente.—Fisiología de los obreros manuales que por su propio esfuerzo se han ganado el título de intelectuales.

En la observación de los caracteres anarquistas, hemos visto cierto anonadamiento de la individualidad rayano en misticismo. Tal acontece con los libertarios pasivos ó evolutivos que proceden del cristianismo natural y que conciben la religión de Jesús con la buena fe y la buena voluntad de sus primeros partidarios. Esta doctrina, mitad anarquista y mitad cristiana, prevalece en los países del Norte y llega hasta Inglaterra, aunque un tanto debilitada.

Las personas de carácter sensible de los países citados, enemigas como son de la violencia religiosa y laica y de las injusticias sociales, en ningún partido político ni secta hallan satisfacción á sus ansias de bien y de amor, y encontrando el anarquismo del Mediodía demasiado violento, constituyen una doctrina especial que tiene de religiosa lo que tiene de mística, de socialista lo que tiene de justa y de anarquista lo que tiene de libre. Niegan la autoridad, niegan la propiedad y admiten una existencia divina que se distingue de las demás en que el mal no fué obra de Dios, sino de los tiranos y de los poderosos de la tierra.

No discutiremos la legitimidad de este anarquismo cuya principal cabeza es Tolstoi; observaremos solamente que la idea de Dios será siempre una negación de la libertad humana, y por consiguiente, una negación de la anarquía.

Como hemos dicho antes, tal anarquismo tiene bastantes adeptos en el Norte de Europa y se le ve transformarse paulatinamente á medida que adelanta hacia el centro y el Mediodía, convirtiéndose de místico y deísta, en ateo y amante de la vida pasional y alegre. Podríamos decir de ambos anarquismos que es pesimista y sombrío el del Norte y alegre y optimista el del Sud.

Para los anarquistas á lo Tolstoi la existencia es una pena, un castigo, un martirio

que hay que sufrir con resignación. Para los anarquistas á lo Reclus la vida es una sonrisa y un canto que hay que aprovechar *para vivir lo más posible*.

Existe un término medio en esta diferencia de colores, y lo constituyen los anarquistas ingleses. Hay pocos libertarios militantes en Inglaterra, pero el carácter moral del pueblo inglés y el concepto que tiene formado de la libertad, ó, mejor, el concepto de la libertad que nace, con los ingleses, más por conducto de las leyes biológicas que por las políticas y sociales, los convierte en anarquistas inconscientes.

Para nosotros, la libertad y la felicidad de un pueblo está en relación con el régimen higiénico que observa este mismo pueblo. Pocos hombres se preocupan tanto como los ingleses de la higiene corporal, intelectual y pública, y pocos también son tan felices. Y esta felicidad no es la que constituye la riqueza nacional ni el buen gobierno, dando á eso de buen gobierno el sentido que le da la generalidad de la gente, sino las costumbres públicas y singularmente las relaciones que sostienen ambos sexos, casi libres por completo. Goza la mujer inglesa de tal grado de libertad, que constituye el primer encanto de aquella nación y la principal base de su felicidad. Las causas de todo ello nacen, en primer término, de la moral particular que allí es costumbre; en segundo, de la ilustración del país; en tercero, de los medios de vida con que cuenta la mujer, y todo junto, de la relativa comodidad de que goza el pobre, viniendo á ser, á la postre, una situación económica la que produce la mayor libertad, la mayor ilustración y la mayor higiene.

La psicología del pueblo inglés es simplísima, primitiva casi. Cree y ama con fe. De ahí su anarquismo inconsciente, para cuyo estado social los ingleses se encuentran mejor preparados que los habitantes de otras naciones en que la mayoría de sus pobladores sea republicana ó socialista.

Porque lo primero que se necesita para la práctica de las ideas anarquistas, es un fondo de bondad, de buena fe y de sencillez que ha desaparecido de los pueblos civilizados con esta lucha cruel que han de sostener unos hombres contra otros y que los convierten en enemigos que sólo esperan ocasión para engañarse y acometerse. De esta suerte llamamos inteligente al astuto y hombre de mundo al que posee una educación falsa é hipócrita. Como no podemos fiarnos de nadie, la malicia es una condición indispensable para que uno pueda moverse con soltura en medio de la lucha por la vida á que nos sujeta la legitimidad del acaparamiento de la riqueza social y natural.

Pues aquel carácter sencillo, bondadoso, de confianza mutua que en el centro y Sud de Europa sólo existe en las poblaciones pequeñas, y en las aldeas más particularmente, lo vemos en los habitantes de Londres en las relaciones de familia, de vecindad y hasta en las relaciones comerciales. El hombre del Continente posee más viveza de carácter, es de imaginación más creadora, de comprensión más rápida que el que puebla las islas Británicas, pero es menos... honrado; no hallamos palabra mejor para expresar nuestro pensamiento. En este estado, inmoral para los católicos, puesto que las pasiones son en Inglaterra casi libres y casi primitivas, los ingleses se hallan moralmente mucho más cerca de la anarquía que los que habitan las grandes ciudades europeas.

Pecan, no obstante, de místicos los ingleses. Hay en Londres anarquistas teósofos, anarquistas cristianos, y existen en aquellas islas varias colonias comunistas tolstoyanas.

Pero, al revés del anarquista místico del Continente, el inglés jamás abdica de su personalidad en favor del bien común, y profundamente religioso, aunque no profundamente católico ni profundamente protestante, no sujeta sus pasiones á los preceptos de ninguna religión positiva, ni á las reglas comunistas que impongan una vida severa y sombría.

En el Norte y centro de Europa nos encontramos con otra especie de anarquismo psicológico. Allí hay anarquistas comunistas que todo, incluso su persona, lo sacrifican al bien de los demás. Así como los místicos religiosos lo convierten todo en amor divino, estos anarquistas todo lo convierten en amor humano. Descuidan tanto su personalidad, que enferman por olvido de sí mismos, y su amor por los demás, por la humanidad, los convierte en rebeldes peligrosos. Son capaces de sacrificar su vida para quitársela á un tirano, á un poderoso que cause lágrimas y dolores.

El tipo más perfecto de esta particularidad anarquista es Luisa Michel. De ese sentimentalismo, de esa sensibilidad refinada nacen los llamados anarquistas de acción. Matan por amor. Recordamos que cuando, antes de morir, se negó á Czolgozs la caridad de ver á su padre, dijo: «No sabéis amar».

••

En España la psicología del anarquista es mucho más complicada. Aquí hasta los comunistas son individualistas en su vida y sus actos, y aunque alguno hay que, como Fermín Salvochea, por la de los demás olvidan su persona, este abandono de uno mismo no llega al extremo á que ha llegado en otros países. No obstante, Fermín Salvochea es el anarquista español que, psicológicamente, más se aproxima á los anarquistas del centro de Europa, cuyo tipo moral caracteriza Luisa Michel.

Los impropriamente llamados anarquistas de acción, que en el carácter español produce el espectáculo de las injusticias sociales, son más enteros, más sanos, más *conscientes* que los de otros países. Aquí el misticismo, el sentimentalismo entra en muy poca cantidad en la también impropriamente llamada propaganda por el hecho. La parte principal pertenece al encono y á la rebeldía. El atentado contra el general Martínez Campos fué obra de un anarquista que se le antojó un reto al pueblo cierta exhibición de fuerzas militares. Las consideraciones psicológicas que se deducen de este hecho son muy complejas. Hay en él bastante dosis de una dignidad humana que se rebela ante el símbolo de la fuerza, que si es, á la postre, una injusticia social, no constituye las manifestaciones más claras é inmediatas de aquella injusticia. Además, Pallás al ir á la muerte exclamó: «La venganza será terrible», exclamación bien poco mística y resignada.

* * *

Antes de dar por terminada la evolución de la filosofía social desde Pi y Margall á nuestros días, y antes de estudiar á los pensadores sin afiliación filosófica posible, como Miguel de Unamuno, queremos decir cuatro palabras del anarquismo andaluz, cuna y sostén del comunismo ácrata en España.

Ya hemos dicho que en el congreso obrero celebrado en Sevilla el año 82, Miguel Rubio defendió las ideas comunistas, en oposición á las colectivistas que expuso José Lluñas. Era aquella una vaga idea del ideal, casi una noción intuitiva, porque aún no habían penetrado en España los libros que poco después se escribieron en defensa del comunismo anárquico. Por consiguiente tenemos un comunismo anárquico español, producto de una raza generosa, pero de espíritu poco independiente.

Para hallar relación entre la psicología del obrero andaluz y las ideas que sustenta ó que produce, es preciso buscar la raíz del comunismo. Si esto hacemos, habremos de encontrarnos con que el comunismo primitivo, del que el presente es una evolución, fué obra de la generosidad y del sentimiento. El comunismo autoritario sujetaba la libertad á la igualdad, y aún no estaba bien definido el anárquico, cuando ya fué defendido por

los obreros más generosos y entusiastas de España, pero también de criterio menos individualista. Por el contrario, el colectivismo procede de la rebeldía, de la independencia, y lleva en su composición mucha parte de egoísmo. Pues esa doctrina económica algo egoísta, pero profundamente rebelde é individualista, había de arraigar entre el obrero catalán, raza de espíritu independiente, un tanto reservada y de generosidad, si no limitada, con ciertos límites. Estos son los hechos, dignos, por cierto, de un estudio psicológico más minucioso que el presente.

Pero lo hermoso es la evolución que siguió á la manifestación comunista de Andalucía y á la manifestación colectivista de Cataluña. Por el contacto, la relación, el estudio y la lucha de las ideas, los comunistas se emanciparon de la preocupación de la igualdad y los colectivistas de la preocupación de la libertad. Porque hay que tener en cuenta que los primeros decían que en el colectivismo era imposible la igualdad económica, lo anterior á todo para el estado mental de los obreros andaluces; y los segundos creían que en el comunismo no era posible la libertad, á la que sujetaban las demás cuestiones los obreros catalanes. La conjunción deseada y necesaria se ha realizado en nuestros días, dotándose mutuamente de una concepción de la libertad más libre y de una concepción de la igualdad más justa.

Nuevas consideraciones podrían escribirse sobre el caso notable de tener los colectivistas catalanes un núcleo en el centro de Andalucía, Sevilla, que propagaba sus ideas, y los comunistas andaluces otro grupo que propagaba las suyas en el centro de Cataluña, Gracia. De ese modo se efectuó más fácilmente el cambio de impresiones y de ideas.

* * *

Fernán Salvochea, si no fué de los primeros anarquistas españoles, fué, sin embargo, de los primeros comunistas. Para comprender este caso especial de un español que es comunista antes que anarquista, no hay que olvidar que Salvochea nació en Andalucía y que se educó en Inglaterra.

El fenómeno de un republicano comunista no es nuevo en España. Bastantes de los republicanos más inteligentes, sobre todo de los hombres de acción, creían que la república significaba el comunismo, y en Andalucía, no sólo lo creían, sino que algunos esperaban el triunfo de la república para repartir las tierras entre los campesinos. Salvochea es de los que así pensaban.

El mismo nos dice en cuatro palabras su procedencia y nos traza su evolución ideal.

«Como Ravachol, lo primero que leí fué *El judío errante*: más tarde, en Inglaterra, Tomás Paine me hizo internacional. Estas palabras del maestro: «Mi patria es el mundo; mi religión el hacer bien, y mi familia la humanidad», quedaron para siempre grabadas en mi mente, y á ellas he procurado ajustar mi conducta. Después, Roberto Owen me enseñó las excelencias del comunismo, y Bradlough me convirtió en convencido ateo. Lo demás vino por sí solo.»

Es decir, primero *niño de bien* que se entusiasma delante de una lucha épica y generosa; después internacionalista con el fuego de un partidario militante, y más tarde comunista. Esto era Salvochea cuando se sublevó en Cádiz. Su república representaba el comunismo, la fraternidad universal, el sumo bien. La misma república y los mismos republicanos, con disgustos y persecuciones, le demostraron que se había equivocado. Más tarde, el estudio del anarquismo le convenció de que aquello era lo que había soñado. Desde entonces fué anarquista, y en cuanto pudo fundó en Cádiz un periódico que se tituló

Socialismo, defensor de aquel ideal. Inútil decir que, dados los antecedentes humanistas de Salvochea y el país donde nació, *Socialismo* propagaba el anarquismo comunista antes y después de declararse tal allá por el año 91.

*
**

Entre las ideas y las personas existe una influencia mutua. Hombres hemos visto nosotros que, de pendencieros y bebedores, se convirtieron en morigerados al concebir la anarquía; en cambio, ésta ha recibido no pocos refuerzos de honradez y de talento con otros individuos. Es indudable que cuando una persona de talento y de reputación excelente abraza un ideal, aunque ese ideal sea superior al hombre, no deja de crecer y de honrarse.

Otra condición que hemos de reconocer en las ideas, es la de despertar las energías que duermen por falta de ambiente. Podríamos presentar caracteres que fueron pasivos hasta que la concepción del ideal les dotó de una actividad asombrosa. Otros fueron ignorantes mientras el conocimiento de la anarquía no les inspiró amor grande por el estudio. De esos hay muchos en el campo anarquista; lo son todos aquellos que, procediendo de familias pobres y no habiendo podido aprender en su niñez más que las primeras letras, al llegar á la juventud, por un esfuerzo de su voluntad, se han dotado á sí propios de aquella ciencia infusa de que nos habla á menudo Anselmo Lorenzo. La anarquía ha recibido un gran refuerzo de hombres que de manuales se han convertido en intelectuales por el ejercicio de su voluntad poderosa. La lista es larga, por suerte de todos y para bien de esta raza nuestra, digna de mejor suerte: Serrano Oteiza, Fargas Pellicer, Anselmo Lorenzo, Ernesto Alvarez, José Lluñas, Enrique Borrel, Ricardo Mella... todos proceden de la clase humilde; ninguno de ellos recibió instrucción superior, y sin embargo, pueden competir, en cierta clase de estudios, con los hombres más eminentes de España y de superior educación.

Las causas de este hecho son varias y hondas. Entran en él la biología y la sociología, mejor aún, la Naturaleza toda. Regularmente los padres de los caracteres que han reunido energías suficientes para emanciparse de la ignorancia sin otra ayuda que su voluntad, fueron aldeanos ó ciudadanos hijos de aldeanos. Llevan, por consiguiente, en su organismo un ahorro de vida y de salud de que carecen la mayoría de los intelectuales, hijos de nobles ó de burgueses que gastaron sus energías orgánicas en la disipación ó en la lucha moral que se libra en las grandes ciudades. Ignorantes aquéllos, hallan en su misma persona la principal base de la ciencia: la fuerza física. Los señoritos que estudian en las Universidades, son, la mayor parte, hijos de familias degeneradas. La riqueza en capitales no puede contrarrestar la pobreza física que padecen y la ciencia que se les enseña no halla asiento, fuerzas en el organismo para sostenerse. De ahí la diferencia que media del hombre fuerte que aprende las cosas por su propio estudio, al hombre débil que ni enseñándose las puede aprender.

La Naturaleza y el medio entran también en la formación de los caracteres de que hablamos. Para que nazca un genio es preciso la concurrencia de varias leyes á un mismo fin. Primero, fuerza física; después, constitución cerebral; por último, elemento social para desarrollar y excitar aquellas condiciones. Pues para la formación de estos luchadores ó propagandistas que surgen de las clases humildes, se necesita, también, fuerza física, condiciones cerebrales ó estructura craneal, y después medio ambiente. Sin fuerza física no hay motor, falta la creación de la voluntad, de la constancia; sin la disposición del cerebro no hay inteligencia natural, porque la voluntad es impotente para producirla,

y sin ambiente no hay excitante, elemento que provoque la manifestación de un carácter. Ninguno de los nombrados hubiera sido lo que fué ó lo que es, si sus padres no se hubieran movido de la aldea ó si no les hubiesen enviado á aprender un oficio á la capital. En ella se encontraron con las luchas sociales, con la concepción de un ideal para tiempos venideros que no están muy lejos, y á la par que les excitó á la lucha y al estudio, les daba á conocer una ocasión magnífica para el empleo de sus energías. El empujón estaba dado; después, las fuerzas internas, las condiciones físicas, hicieron lo demás. La humanidad había de deberles una parte, grande ó pequeña, de su riqueza moral, filosófica y científica.

Tolstoi, Zola, Gorki y cien más, son los tipos más perfectos de estos caracteres que se han creado y educado á sí propios.

FEDERICO URALES.

CRÓNICA CIENTÍFICA

El cometa Persine.—El experimento de Stanley Spencer.—El regreso del ingeniero Peary.—La llegada del Fram: la expedición Sverdrup.—Proyectos de M. Ziegler.—Cuatro expediciones antárticas.—Geógrafos y anarquistas.—Opinión de la señora Celina Renooz sobre las erupciones volcánicas.—Un volcán en miniatura: el Iona.—Percepción relativa de los movimientos moleculares.

El nuevo cometa descubierto por el profesor Persine ha sido visto sucesivamente desde el observatorio de Lick, en América, el 1.º de Septiembre; en Berlín y en Greenwich, el 3; en Copenhague, el 4. En el momento en que escribimos se encuentra á 27 millones de leguas de nuestro planeta, en la constelación de Perseo y se dirige hacia la de Casiopea, acercándosenos con una velocidad de 200.000 kilómetros por hora.

He aquí los informes que hemos podido obtener en el observatorio de Greenwich acerca del gran cometa de 1902: visible á simple vista con el aspecto de un planeta insignificante, el cometa sigue su marcha vertiginosa hacia nuestras regiones hasta que desaparezca sumergido en los rayos solares. La ecuación de la trayectoria, fijada desde un principio por Persine, indica una curva muy prolongada, pero cerrada. Los últimos cálculos confirman los de Persine: se trata probablemente de un cometa periódico que aparece en períodos regulares en nuestras regiones.

Respecto de su constitución íntima, el análisis espectral ha revelado la existencia de cierto número de hidro-carbuos, entre ellos, acaso, el acetileno.

Para terminar: antes del descubrimiento del telescopio se habían observado 555 cometas, después se descubrieron 444; el de Persine eleva el número de las observaciones á 999.

* * *

El aeronauta é ingeniero inglés Stanley Spencer hizo evolucionar el 20 de Septiembre un globo de su invención, en todos sentidos sobre Londres y sus suburbios, recorriendo un espacio de 30 millas de N. á S. y haciendo obedecer dócilmente todos los impulsos que le daba su director. La forma del aerostato semeja una ballena y tiene 25 metros de longitud por 60 de diámetro.

El éxito ha sido excelente, puesto que Stanley Spencer recorrió á su voluntad, dueño siempre de su dirección, una cincuentena de kilómetros, en tanto que el conde Zeppelin recorrió nueve y Santos Dumont 16. Sin embargo, de tan bello experimento no se deduce aún que el problema de la navegación aérea quede resuelto, toda vez que, según declaración del mismo Stanley, se han esperado, durante tres semanas, circunstancias extremadamente favorables para su realización, cuando el problema exige la navegación dentro de la infinita variabilidad atmosférica.

De todos modos, la brillantez del experimento es una consoladora esperanza, y el inventor se propone construir en breve un aerostato de grandes dimensiones y potencia motriz proporcionada para admitir acompañantes en sus excursiones aéreas.

En el Club aerostático de Londres el entusiasmo y el optimismo convierte la grave seriedad inglesa en fanfarronería meridional. ¡Se trata nada menos que de establecer en Londres un servicio público de ómnibus aéreos!

*
* *

El ingeniero Peary ha fracasado también en su empresa de llegar al polo Norte; pero aunque no haya alcanzado las latitudes á que llegaron Nansen y el duque de los Abruzzos, su aparición merece ser saludada con respeto, toda vez que representa un trabajo constante de doce años, tras del cual se le creía muerto, después de haber arriesgado heroicamente cien veces su vida con un fin puramente científico.

Este intrépido explorador de las regiones polares ha llegado á los 84 grados 17 minutos, quedando inferior á Nansen, que llegó á los 86 y 14, y al hijo de Amadeo, que marcó 86 y 33, punto culminante hasta el día; pero si se tiene en cuenta que la vía seguida por Peary es diferente de la de los otros, y que sobre la ruta y en las regiones recorridas por este explorador los 84 grados y 17 minutos constituyen el punto más inmediato al polo, resulta su trabajo un éxito relativo.

*
* *

A la satisfacción sentida por el regreso de Peary hay que añadir otra: la causada por la llegada á Noruega de Sverdrup, que acompañó á Nansen en el *Fram* y emprendió nuevo viaje en el mismo buque en 1898.

Desde entonces carecíamos de noticias de la expedición, y cuando todo el mundo le consideraba perdido, tuvimos el gusto de saber que el *Fram*, dirigido por Sverdrup, había anclado en Stavanger.

*
* *

Se creé generalmente que el regreso de los exploradores indicados, especialmente el de Peary, enfermo, viejo, cojo y, sobre todo, fracasado, marca el fin de las expediciones navales americanas hacia el polo Norte.

Decimos «navales» porque, en efecto, M. Ziegler, el conocido millonario americano, el mismo que dió los fondos necesarios á la expedición Baldwin, ha declarado que está organizando una expedición «aérea», con un globo dirigible, al polo Norte, no para repetir la desgraciada experiencia de Andrée, sino para plantar allí la bandera americana.

*
* *

En este momento el polo antártico llama principalmente la atención de los geógrafos. Nada menos que tres expediciones hay en marcha en la actualidad: 1.ª la británica que manda Scott, capitán del *Discovery*, á cuyo socorro se ha enviado hace poco tiempo el buque inglés *Morning*; 2.ª la alemana con el *Gauss*, que zarpó poco después de la ingle-

sa con el propósito de ayudarla, y la sueca del *Antártica*, á las órdenes del Dr. Nodenskiold, sobrino del célebre explorador del mismo nombre. Y no es esto sólo: pronto saldrá una expedición escocesa, dirigida por M. Bruce, que partirá hacia el antártico á bordo del *Scotia*, anunciando que no piensa volver hasta 1906.

Los geógrafos, á lo que se ve, lo mismo que los anarquistas, son incansables; ambos son exploradores, unos en la superficie de la tierra y los otros en la esfera del derecho, pareciendo como si se propusieran monopolizar para su ideal la fuerza que es capaz de desplegar el siglo xx. Para los unos es una vergüenza que en el mapa mundi haya vacíos indefinidos en las regiones polares, así como para los otros es una indignidad que subsista el *estado de barbarie* en la sociedad, de que habla Haeckel en *Los Enigmas del Universo*. He aquí por qué mientras los geógrafos, por amor á la ciencia, van á morir por el conocimiento de los polos terrestres, los anarquistas, por amor á la justicia, se sacrifican por acelerar, por la huelga general, la revolución social. Las dos entidades progresivas quieren que la historia consigne: «el siglo xx completó el inventario del planeta», ó «el siglo xx disolvió las categorías sociales, las nacionalidades y las razas, refundiéndolas fraternalmente en la humanidad, poniendo á su disposición sin limitación ni tasa el patrimonio universal.» Pongamos todas nuestras energías en su apoyo, y tan sublimes aspiraciones se cumplirán.

*
* *

Una mujer que parece destinada á recoger la gloriosa herencia de Clemencia Royer, Celina Renooz, cuya suficiencia científica es universalmente reconocida, ha publicado en una revista parisiense un erudito artículo sobre los fenómenos volcánicos, en el que admite que los temblores de tierra que anuncian la erupción, resultan de los movimientos producidos en el suelo por el vapor de agua que busca una salida. Los ruidos subterráneos proceden de las materias que suben chocando contra las capas de aire que atraviesan. Desde ese nuevo punto de vista se explica todo: son espontáneos los incendios de ciertas minas de hulla situadas á grandes profundidades que determinan las erupciones volcánicas.

Si los volcanes están localizados, débese á que los incendios de las minas están igualmente localizados. Las antiguas erupciones han abierto chimeneas por donde el agua penetra hasta la mina, lo que produce de tiempo en tiempo un regreso á la incandescencia, y como el depósito de materiales es inmenso, el fuego puede durar mucho tiempo. Según esta teoría el volcán se apacigua cuando todo el agua infiltrada se evapora en forma de vapor ó de lava; entonces la mina arde sin erupción, como un fuego que se consume lentamente.

Ciertas regiones del globo parecen estar en estado de incandescencia subterránea hace ya mucho tiempo: las Antillas se encuentran en ese caso, y las erupciones producidas recientemente en localidades poco distantes unas de otras son resultados de un incendio existente en una región muy extensa.

Se comprende que los desastres repetidos en poco tiempo alarmen las regiones amenazadas; por eso los habitantes del Nebraska se sienten aterrorizados á la vista de un montecillo volcánico, el Iona, que desde hace treinta años se manifestaba tranquilo, y ahora ha revelado á unos turistas su reciente actividad, que se considera como la amenaza de una próxima y peligrosa erupción. Desde el día en que se dió la voz de alarma se

observa que el volcán lanza gases deletéreos y humo, acompañados de profundos ruidos.

La primera vez que el Iona produjo alguna inquietud fué en 1871. En aquella época se oyeron ruidos subterráneos y se escaparon gases calientes por los flancos de la montaña; pero los daños causados entonces fueron insignificantes.

Hace algunos años se practicaron en Iona sondeos en busca de minas de carbón, pero fué necesario suspender los trabajos sin lograr el objeto, á causa de que á muy corta profundidad era insoportable el calor.

Probablemente esas minas de carbón son restos de las que no ardieron en 1871 y que están tal vez en peligro de incendio, lo que confirmaría la teoría de la señora Celina Renooz.

*
**

Los movimientos moleculares que constituyen el calor, no son perceptibles á nuestros sentidos, pero puede decirse que poco le falta. Como lo ha hecho notar tan justamente el ilustre físico francés Saigey en su obra *La Ciencia en el siglo XIX*, se cree ver esos movimientos, ya que sus efectos mecánicos son tan conocidos y precisos.

«Cuando la fuerza viva—dice Saigey,—pasa de las moléculas á la masa de un cuerpo y vuelve de esta masa á las moléculas, apareciendo así sucesivamente bajo la forma de trabajo ó la de calor, no asistimos materialmente á esos cambios, pero se determinan tan bien los fenómenos, un poco antes y un poco después de la transformación, que se cree ver por sí mismo esa transformación.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

DE LA LIBERTAD

La libertad; falsedad evidente de su actual concepción democrática.—La justicia de las leyes escritas; su inmoralidad, vulnerabilidad y corruptibilidad.—Las leyes escritas no son el fiel reflejo de la voluntad popular.—Mentida soberanía del pueblo.

I

En el mundo especulativo de las grandes abstracciones y metafisiqueos jurídico-legalitarios, la igualdad y la libertad son principios de efecto seguro hábilmente explotados por los políticos y por los estadistas geniales para llevar á cabo la perpetración disimulada de sus fines egoístas y perturbadores. Procuran éstos encumbrarse sobre los hombros del pueblo esclavizado, y para ello echan mano de sofismas de efecto, sugestionando á las masas mediante la acción anestésica de falsas concepciones democráticas y fermentidos liberalismos igualitarios.

Se nos habla á todas horas de libertad; se nos dice en todos los tonos que todos somos iguales; pero esa libertad y esa igualdad de que suele hablárenos con tan frecuente y fastidioso énfasis, sólo existen en las idealidades teóricas entrañadas en la vigencia de leyes pseudodemocráticas, leyes siempre incumplidas y violadas siempre en cuanto

atañe al libre reconocimiento de los derechos y libertades de la masa social del honrado pueblo productor.

Gozamos de todo género de libertades apócrifas: libertad política, libertad de conciencia, libertad de comercio, libertad de trabajo y otro gran número de libertades más, incluso, claro está, la libertad de morirnos de hambre. Pero todas esas libertades de que podemos gozar *sin tasa*, nada valen ni significan cosa alguna, no disfrutando, como desde luego no disfrutamos, de la libertad económica, que es la libertad por excelencia, integración y complemento de todas las *restantes libertades* y única base afirmadora de todo derecho social.

Sin salir de aquí, circunscribiendo el círculo de nuestras investigaciones al estrecho perimetro geográfico de la península ibérica, al engolfarnos en el examen de nuestras instituciones gubernativas consideradas en el conjunto autoritario de su esencialidad político-administrativo-social, encontramos con que las libertades vigentes establecidas por los demócratas dinásticos hijos de la revolución septembrina, son, cual las flores de trapo, libertades sin aroma, sin savia fecundizadora ni estambres fecundizables.

Unos cuantos miles de privilegiados, el hampa acaparadora y dominadora de los *diez mil caciques* inspirados por la teocracia, dueños de la riqueza social y poseionados del poder soberano judicial, política y administrativamente hablando, son los árbitros indiscutibles de la nación española, y para ellos sirven únicamente las leyes liberales y democráticas en vigor, y ellos las violan, haciéndolas elásticas ó inflexibles, dulces ó severas, pero siempre *embudiacas*, porque esto es lo que conviene—*la ley del embudo*—á la eternización y al engrandecimiento progresivo de la dolosa supremacía de que disfrutaban y abusan á sus anchas locamente.

La plutocracia aquí entronizada, plutocracia española de *pura sangre*, y, como tal, imbécil, gazmoña y ajesuitada, ha hecho estériles en la práctica las libertades democráticas conquistadas por la revolución y que constituyen, por así decirlo, el *alma mater* del moderno derecho escrito.

La libertad y la igualdad, teóricamente hablando, existen aquí, en España, consignadas en los preceptos legales. Todos los españoles somos *iguales ante la ley*, según reza el derecho constitucional; pero la Constitución de la monarquía, código fundamental del Estado español, es un simple catálogo de preceptos fácilmente eludibles por los de *arriba* en todo cuanto tienda á consagrar el derecho de los de *abajo*.

Hablar, pues, de libertad y de igualdad bajo un régimen de opresión y de miseria, es el más cínico de los sarcasmos, la más odiosa de las abominaciones.

*
*
*

Las leyes escritas no son justas; pero sí inmorales.

La inmoralidad de las leyes, digan lo que quieran los legalistas, es evidente, dado su carácter exclusivamente represor, hasta cuando tratan de reparar, porque las leyes sólo lograrán desagraciarnos á su modo, *agraviando á un tercero*, y esto resulta, realmente, inmoral á todas luces; pero en ningún caso reparador y justiciero.

No hay, no puede haber ni habrá nunca justicia en las leyes escritas de aplicación judicial, porque éstas sancionan la desheredación, la explotación y el despojo.

Las leyes son, pues, despojadoras por esencia. Despojan al hombre productor de todos sus derechos morales, espirituales y sociales, sancionando y defendiendo el derecho de propiedad, y llegan hasta la infamia inconcebible, de lesa humanidad, de negar á los hijos naturales el derecho de poder llamar honradamente *padres* á los autores de su

existencia, sólo porque, al unirse para amarse y reproducirse, no tuvieron en cuenta para nada el cumplimiento de ciertas formalidades canónicas ó curialescas.

Cuando las leyes prohiben, *usurpan y roban*, y luego acusan á sus infractores de robo y los juzgan y castigan como ladrones indignos.

Las leyes inventan el crimen y la inmoralidad, para acusar después á los hombres de inmorales y aherrojarlos como foragidos.

Cohibir, castigar y deshonrar, he ahí la misión histórica de las leyes escritas.

Háblase de las leyes justas y sabiamente aplicadas; y aparte de que es muy difícil eso de que en las leyes escritas por los hombres llamados *superiores*, pueda encontrarse ni siquiera *un solo átomo de justicia* en su acepción verdadera, ya que justicia quiere decir equidad, al hablar de tal suerte se cae en el gran error, en el error tremendo, de querer que la justicia, esa disparatada justicia histórica, conjunto abigarrado de absurdas prohibiciones y enredos antinómicos, sea aplicada con igual rigor represivo, correctivo y reparativo para todos, para pobres y ricos, en cuyo caso—esto resulta de una evidencia incontestable—las leyes no pueden ser justas en los efectos de su aplicación, mándelo quien lo mandare, porque, donde los hombres no gozan de igualdad de medios, donde hay ricos y pobres, señores y criados, en una palabra, explotadores y explotados, la igualdad ante la ley resulta una monstruosidad odiosa, ya que aplicar en igualdad de circunstancias, ó sea por la comisión de idéntico acto punible, la misma pena afflictiva y pecuniaria al delincuente millonario que al delincuente exhausto de todo recurso y protección, no puede ser, no es un acto de justicia robusto y solemne. El rico, con los grandes medios de vida de que dispone, estará siempre mejor dispuesto que el pobre á soportar los rigores de la ley, rigores que, dicho sea de paso, para el rico no resultan tales rigores; y esto, naturalmente, destruye y tira por tierra la tan decantada *igualdad de los ciudadanos libres é iguales ante la ley*.

Véase, pues, cómo la justicia histórica, la aparatosa justicia de las leyes escritas y fabricadas por los legisladores del privilegio, aun siendo practicada fiel y escrupulosamente, con rasero de sévera é incorruptible igualdad, cosa que, á la sazón, está muy lejos de suceder así, resulta injusta, cruel para los pobres y benigna para los ricos.

Por la capciosa sapiencia legalista, autoritaria y tradicional, afirmase formalmente, con severa y clásica formalidad doctrinaria, que las leyes son el *fiel reflejo de la voluntad popular* y que toda disposición jurídica y autoritaria en vigencia, todo código, ley ó constitución, son obras de orden gubernamental inspiradas por el anhelo vehementísimo sincero y reflexivo que los pueblos sienten de ser administrados y gobernados con justicia recta y serena imparcialidad, para poder gozar así de *tranquilidad octaviana*, viviendo amparados bajo los auspicios protectores del derecho común.

Según los autoritarios, la paz en el orden social, débese exclusivamente á la prudencia justiciera, reparadora, correctora y represora entrañada en el espíritu de las leyes y á la serena rectitud imparcial con que éstas deben ser aplicadas inmediatamente después de su infringimiento, ó al menos tan luego como lo consientan los trámites de procedimiento legalmente establecido al efecto.

Pero tales afirmaciones sonoras están exentas de toda veracidad, carecen en absoluto de valor positivo, ya que el espíritu de las leyes, espíritu vulnerable, elástico y parcial, es contrario, en todo y para todo, al fomento de las justas aspiraciones y anhelos por que suspiran la inmensa mayoría de los hombres. Y si las leyes, en el desarrollo de su aplica-

ción, casi siempre coercitiva, oprimen y perjudican lesivamente al pueblo; si las leyes paralizan la acción desenvolvente de las grandes masas humanas y se oponen, sistemáticamente, al libre desarrollo de la civilización selectiva y humanizadora de los hombres y de las naciones, claro está y evidente de toda evidencia resulta que ese *cuerpo enorme de disposiciones prohibitivas que constituyen el vigente derecho público y privado*; que esas leyes opresoras que nos tiranizan, absorben y oprimen bajo el peso abrumador de sus fuertes y estrechas mallas, no puede ser ni representar, de ninguna manera, la *voluntad del pueblo soberano*. Y la razón es obvia; pues, como muy razonablemente hace observar el gran Tolstoi, siendo insignificante el número de los hombres que delean sinceramente, y siempre por *conveniencia personal, el cumplimiento exacto de las leyes comparado con el de la inmensa mayoría que pugna por violarlas, y que si no las viola es únicamente por temor á la dureza del castigo que aguarda á los transgresores de la ley, resulta evidente, de una evidencia incontrastable, que las leyes que el pueblo aborrece profundamente y que desea violar ó abolir, no pueden ser, lógica y cuerdateamente discurrendo, consideradas como expresión soberana de la libre voluntad del pueblo.*

Las leyes son las cadenas legales de los pueblos afirmadores del despotismo, de la autoridad y del privilegio, de la explotación y el despojo.

Contra la libertad del pueblo, para poner freno á su potencia redentora, castrar sus viriles energías y amenguar el esfuerzo hercúleo de sus ímpetus arrolladores, promúlganse los códigos y las constituciones.

El pueblo resulta, pues, el majestuoso Laoconte de la realidad apresado por las leyes, formidables serpientes que domeñan y estrujan el cuerpo del coloso.

Las leyes reconocen el derecho de poseer sin producir ni haber producido jamás, sancionando así la monstruosa explotación legalista que los hombres del privilegio ejercen á mansalva sobre el trabajo de los hombres parias.

En todo el cuerpo legal del derecho escrito, campea el mismo aborrecible espíritu de clase.

La *atroz filosofía* jurídica inspirada en el bárbaro derecho romano, legisla más cuidadosamente para el afirmamiento de la posesión privativa de las riquezas, que para consolidar y asegurar el respeto de la personalidad humana.

El insolvente nada vale ni significa ante la ley: está destinado á servir de carne de cárcel.

Entre el legislador, el sacerdote y el militar, forjando leyes tiránicas *bendecidas por la santa iglesia de Dios y defendidas por el sable todopoderoso*, le han escamoteado al pueblo bonitamente su libertad de acción y la social soberanía de su albedrío. Y si la misión de las leyes estriba, como parece indiscutible, en procurar á todo trance la cohibición legal del libre ejercicio de las iniciativas del pueblo, robándole la soberanía de su albedrío; si las leyes solamente son puestas en vigencia legal para amparar los falsos derechos del propietario usurpador, del gran terrateniente y del usurero capitalista; si, en una palabra, las leyes no implican otra cosa que el medio legal de que los ricos y los defentadores disponen á placer para *legitimar la posesión de cuanto detentan y acaparan inímeramente, explotando al pueblo productor y absorbiendo los productos del trabajo ajeno*, claro está y evidente de toda evidencia resulta que esas leyes particularizadoras, forjadas por el privilegio soberano de que gozan y abusan los enriquecidos y los autoritarios para mantenimiento eterno de la esclavitud y de la desigualdad social, no pueden ser, ni lo fueron ni lo serán nunca, *la expresión soberana de la voluntad de un pueblo aherrojado, sin libertad ni propiedad, y falto, por tanto, de voluntad soberana.*

Esta verdad es inconcusa, irrefragable: no tiene vuelta de hoja.

Y todas las grandes argucias de leguleyos, economistas y filósofos más ó menos oficiales, por bien hiladas que pudieran suponerse, para rebatir verdad tan manifiesta y clara, resultarán insuficientes, porque no es obra fácil, no, por muy extraordinaria que realmente sea la habilidad de los artifices, apagar las claridades deslumbradoras del sol en la plenitud de su fuerza meridiana, arrojando sobre su disco ardiente haces y más haces de tinieblas paradógicas...

DONATO LUBEN.

LOS LADRONES Y EL ASNO

I

Conozco un excelente muchacho que te sería muy antipático, pues León, que así se llama, es adorador de Balzac y no puede sufrir á Jorge Sand. El libro de Michelet por poco le hace caer enfermo. Dice á todas horas que la mujer ha nacido esclava, y no pronuncia jamás las palabras *amor* y *pudor* sin sonreirse incrédulamente. ¡Cómo os maltrata! He llegado á sospechar que se pasa las noches meditando en lo que os va á mortificar al día siguiente. No creas que es un hombre hastiado de la vida; sólo cuenta veinte años.

La fealdad le parece un crimen, hasta el punto de que unos ojos pequeños ó una boca demasiado grande le ponen fuera de sí. Pretende que, como no hay flores feas en los prados, todas las niñas deben nacer igualmente bellas, y cuando la casualidad coloca á su paso algún rostro repulsivo, maldice durante cinco ó seis días á todo aquel sér de cabellos escasos, pie grande, grosera mano. Cuando, por el contrario, la mujer es linda, sonríe maliciosamente y deja ver en su obstinado silencio un cúmulo de malos pensamientos.

Ninguna de vosotras halla en él piedad: rubias y morenas, jóvenes y viejas, gruesas ó deformes, á todas os envuelve en el mismo anatema. Y mira tú qué cosa tan extraña; en su sonrisa se ve impresa la ternura, su voz es dulce y acariciadora.

León vive en pleno Barrio Latino.

Aquí, Ninón, me encuentro muy perplejo y aun me dan tentaciones de callarme, maldiciendo la hora en que tuve el extraño capricho de comenzar este relato. Tus oídos nunca se han abierto al escándalo y no sé cómo introducirte en un mundo donde no has posado nunca la planta de tus diminutos pies.

Este mundo, alma mía, sería el paraíso si no fuera el infierno.

Abramos el libro del poeta, veamos el canto de los veinte años. Mira esa ventana colocada al Mediodía, esa buhardilla llena de flores y luz, tan alta, que muchas veces hasta se oye hablar á los ángeles. Como los pájaros que escogen la rama más elevada para esconder sus nidos de las miradas de los hombres, los enamorados construyeron el suyo en el último piso. Así reciben la primera caricia de la mañana, el último adiós del sol.

¿De qué viven? ¡quién lo sabe! Tal vez de besos y sonrisas. Tanto se aman, que no se cuidan del alimento que les falta; tienen poco pan, y ése se lo echan á los gorriones. Al abrir su despensa vacía se ríen de su pobreza.

Datan sus amores de las primeras violetas, de un día que se encontraron en el campo y se vieron por vez primera, aunque ya se conocían. Tomaron el mismo sendero para entrar en la ciudad. El, radiante de alegría; ella, como una linda prometida, llevando un ramito sobre su seno; subió los siete pisos de la vivienda del mancebo, y tan fatigada llegó, que no pudo volver á bajar.

¿Tendría fuerzas para ello al día siguiente? Lo ignoraba; pero descansó recorriendo la buhardilla, regando las flores, cuidando un mobiliario que no existía. Sentóse después á coser mientras el joven trabajaba, con las sillas tan próximas, que poco á poco y para mayor comodidad, acabaron por sentarse ambos en una misma. Llegó la noche y aumentó su pereza.

¡Ah! ¡Cómo miente el poeta, Ninón, y qué seductora es su mentira! ¡Que no llegue nunca á hombre el adolescente! ¡Que siga engañándonos cuando no pueda engañarse, vino del paraíso para relatar cuentos de amor, y encontró allá arriba á Museta y Mimi! dos santas á quienes se esforzó por traer hasta nosotros. Pero en cuanto rozaron la tierra con sus alas, tornaron á su patria envueltas en el mismo rayo que las traía. Hoy los corazones de veinte años las buscan y lloran, para poderlas hallar.

¿Será preciso que te mienta también, vida mía, pidiéndolas al cielo, ó te confiese que las he encontrado en el infierno? Si aquí al lado del hogar, en esa butaca donde te meces, me escuchara un amigo, ¿con qué valor levantaría el velo de oro que ha servido para que el poeta cubriera sus indignos hombros? Pero tú me cerrarás la boca con tu manita, te enfadarás, llamando mentira á la verdad desnuda. ¿Cómo podrás creer en los enamorados de nuestra edad que beben en las fuentes cuando la sed les devora en la calle? ¡Cuál no sería tu colera si me atreviera á decirte que tus hermanas las jóvenes amantes arrojan de su cuerpo los encajes que las cubren y sueltan sus despeinados cabellos! Tú vives sonriente y serena en el nido que he construido para tí, é ignoras cómo camina el mundo; carezco de valor para confesarte que las flores encierran veneno y que los corazones que hoy latén mañana morirán.

No tapes con las manitas tus oídos, amada mía; no tendrás de qué sonrojarte.

II

León vive en pleno Barrio Latino, y su amistad es buscada por todas partes, gracias á la franqueza impresa en su rostro, que le proporciona un amigo en cada transeunte.

Las mujeres, no atreviéndose á perdonarle el odio que les manifiesta, rabian de ira por no poder confesar que le adoran al par que le detestan.

Antes de los hechos que voy á referirte, nunca le conocí una amante; alardeaba de aburrido y hablaba de los placeres mundanos como lo hubiera hecho un trapense á haber podido romper su largo mutismo. Gustábase comer bien, le horrorizaba el vino malo, usaba finísimas camisas de holanda y vestía con exquisita elegancia.

Deteníase á contemplar las vírgenes de la escuela italiana con singular arrobamiento, y las buenas esculturas causábanle largos éxtasis. Por lo demás, León llevaba la vida de un estudiante, trabajando lo menos posible, paseándose al sol, no desperdiciando ningún diván que hallase al paso para tumbarse y declamar sus más punzantes injurias contra las mujeres, hasta cerrar los ojos para saborear el placer inaudito de alguna visión imaginaria después de tanto maldecir lo real.

Una mañana de Mayo le encontré con todo el aspecto de un hombre aburrido, sin saber qué hacer, corriendo en busca de aventuras. Las calles estaban enfangadas y lo imprevisto no se presentaba ante el paseante más que bajo la forma de alguna manga de

agua. Tuve lástima de él, y le propuse un paseo por el campo para ver brotar las primeras florecillas.

Durante una hora me vi precisado á sufrir largos discursos de filosofía para probarme lo efímero de nuestras alegrías, mientras dejábamos atrás las casas y se veían en los dinteles de las puertas algunos sucios chiquillos revueltos en el suelo con grandes perros. Ya en plena campiña, León se detuvo bruscamente delante de un grupo de niños que jugaban al sol y acarició al más pequeño, confesándome que le encantaban los cabellos rubios.

Ya sabes que siempre me han gustado esos estrechos senderos ocultos entre hileras de arbustos, por donde las carretas no pueden pasar ni destrozar su terreno, en donde los rayos del sol penetran dulcificados á través de las ramas, cuyo suelo cubierto de fino césped es tan cómodo como el terciopelo de mullida alfombra. Por ellos se anda entre el misterio y el silencio, y cuando dos enamorados se pierden en sus revueltas, los espinos de los lados obligan á la amante á oprimirse contra el pecho de su adorado. Nos internamos en uno de esos senderos ocultos en que los besos sólo son escuchados por las currucas, y allí, la primera sonrisa primaveral dió fin á la misantropía de mi filósofo compañero, haciéndole sentir tiernas emociones á la vista de cada gota de rocío.

El estrecho camino parecía interminable; las hayas se elevaban cada vez más frondosas, y aquella especie de aprisionamiento é ignorancia del sitio donde nos hallábamos aumentó nuestra alegría.

Poco á poco la senda se estrechó obligándonos á marchar uno detrás de otro, y los espinos formaban caprichosas revueltas que transformaban el camino en laberinto.

Entonces, en lo más espeso del bosque escuchamos un ruido de voces, y al cabo de unos instantes tres personajes surgieron de la sombra. Dos hombres jóvenes marchaban delante apartando las ramas con sus manos; una mujer les seguía.

Me detuve y saludé; el joven que venía delante me imitó, y ambos nos miramos frente á frente. La situación era delicada, puesto que los espinos y zarzas nos rodeaban más espesos que nunca, y ninguno de nosotros parecía estar dispuesto á retroceder. Entonces León, que estaba detrás de mí, empujándose sobre las puntas de los pies, divisó á la joven, y sin pronunciar palabra se introdujo audazmente por entre las punzantes ramas, que desgarraron sus vestidos é hicieron brotar algunas gotas de sangre de su mano. Al ver su arrojó, le imité.

Los hombres pasaron dándonos gracias, y la joven, para recompensar á León su sacrificio, se detuvo indecisa y le contempló un segundo, fijando en él sus hermosos ojos; fué la primera vez que no vi impresa en los labios de mi amigo su maliciosa sonrisa.

No bien hubo desaparecido, salté de entre las zarzas, dando la galantería á todos los diablos, pues una espina me había herido el cuello, y mi sombrero, enredado entre las ramas, me hizo trabajar mucho para sacarle de allí. León puso en orden su desarreglado traje, y como vió mi salud á la bella desconocida, me preguntó si la conocía.

—Ya lo creo—le respondí—se llama Antonieta, y ha sido mi vecina durante tres meses.

Volvimos á reanudar nuestro paseo; él callado, yo hablando de la joven.

Era una muchachita muy fresca, muy mona, de mirada medio burlona, medio cariñosa, de gestos decididos, de bello é incitante aspecto: en una palabra, una linda muchacha que se distinguía de sus compañeras por una franqueza y una lealtad raras en el mundo en que vivía. Se juzgaba á sí misma sin vanidad y sin modestia, diciendo simplemente que había nacido para amar, para burlarse de una multitud de fórmulas sociales y vivir á su antojo.

Durante tres largos meses de invierno la vi, pobre y aislada, vivir de su trabajo sin hacer alarde de ello, sin pronunciar la palabra *virtud*, sola y exclusivamente porque aquel había sido su capricho del momento. Mientras manejó la aguja no la conocí ningún amante; era un buen camarada para los amigos que la visitaban; les tendía su mano y reía con ellos, pero les cerraba su puerta á la primer amenaza de un beso. Confieso que intenté hacerla la corte, mas un día que la llevaba una sortija y unos pendientes de oro, me dijo:

—¡Ay, amigo mío!; guarde usted esas alhajas; cuando yo me entrego, lo hago sólo por una flor.

Cuando amaba, volvíase perezosa é indolente, los encajes y la seda reemplazaban al percal, borraba cuidadosamente de sus manos las picaduras de la aguja, y de obrera se transformaba en gran señora.

Aun en sus mismos amores guardaba su libertad de griseta; el hombre á quien amaba lo sabía pronto, tan pronto como cuando dejaba de concederle su amor. No era, sin embargo, una de esas bellas caprichosas que cambian de amante á la menor ocasión; poseía un juicio claro y un gran corazón. Pero la pobre chica se engañaba muy á menudo, y al ver colocadas sus manos sobre otras indignas, las retiraba llena de fastidio. Así es que estaba cansada de aquel Barrio Latino en que todos los jóvenes parecíamos viejos.

A cada nuevo naufragio su rostro se enternecía; decía rudas verdades á los hombres, se quejaba de no poder vivir sin amar y, por último, se encerraba en su casa como en un claustro hasta que su corazón volvía á romper sus rejas.

Yo la había visto el día anterior á nuestro encuentro, y vi impreso en su rostro un gran pesar producido por un amante que acababa de abandonarla poseyendo aún su amor.

—Ya sé—me dijo—que ocho días más tarde le hubiera dejado yo misma, porque es un mal hombre; pero aún recibía sus caricias con gusto: son, por lo menos, treinta besos perdidos.

Añadió que desde aquella ruptura la perseguían dos enamorados, asediándola con sus ramos, pero que les había dicho: «Amigos míos, no amo á ninguno de los dos, y seriais muy locos en disputaros mis sonrisas. Sed buenos amigos y continuaremos siendo tres buenos compañeros, pero á la primer disputa os abandono.»

Los pobres muchachos se dieron un apretón de manos de la peor gana del mundo; eran, sin duda, los que acabábamos de encontrar.

Tal era Antonieta, pobre corazón amante, perdido en un país de libertinos; dulce y encantadora muchacha que arrojaba las migajas de sus ternuras á todos los gorriónes ladrones del camino.

Dí á León aquellos detalles, que escuchó sin mostrar interés, sin provocar mis confidencias. Al terminar me dijo:

—Esa chica es demasiado franca; no me gusta esa manera de comprender el amor.

Y al cabo, después de tantos esfuerzos, se pintó en sus labios su maliciosa sonrisa.

III

Al fin salimos de entre las zarzas y los espinos. El Sena corría á nuestros pies, y á la otra orilla un pueblecillo se bañaba en la corriente, Nos hallábamos en país conocido; mil veces habíamos paseado por los islotes que interrumpían á trechos la corriente.

Después de un descanso bajo una encina, León me declaró que se moría de hambre y de sed, precisamente cuando iba á confesarle que me moría de sed y de hambre. Celebramos consejo, y la decisión fué tan unánime, que nos levantamos para dirigirnos al

pueblo y procurarnos allí una gran cesta repleta de provisiones, platos y botellas, para ganar luego los tres (la cesta y nosotros) la orilla opuesta.

Veinte minutos después sólo nos faltaba encontrar una lancha. León marchaba delante pidiéndosela á cada pescador; pero todas se hallaban en el río, y ya iba á proponer á mi compañero comer en cualquier sitio, cuando nos indicaron un hombre que podría servirnos.

El pescador habitaba en el extremo del pueblo una choza construída en el esquinazo de dos calles, y he aquí que al dar la vuelta á aquel ángulo topamos de nuevo con Antonieta, seguida de sus dos pretendientes. El uno, como yo, inclinado bajo el peso de una enorme cesta; el otro, como León, con el aire preocupado de un hombre que busca un objeto sin hallarle. Miré piadosamente al pobre diablo que tanto sudaba, al mismo tiempo que León pareció darme las gracias con la vista por haber aceptado un fardo de tanto volumen, cosa que hizo reír algo malignamente á la muchacha.

Se hallaba el barquero en el dintel de su puerta fumando. Desde hacía cincuenta años había visto miles de parejas venir á alquilarle sus remos para buscar el desierto, y profesaba gran simpatía á aquellas enamoradas rubias, que partían con coquetones atavíos y regresaban un poco ajadas y con sus adornos en el mayor desorden.

El buen hombre se acercó á nosotros al ver las cestas.

—Señores—dijo—sólo tengo una lancha; á los que más apriete el hambre pueden comer bajo aquellos árboles.

La frase era bastante imprudente, puesto que nadie se atreve delante de una mujer á confesar que tiene hambre.

Guardamos silencio, indecisos, sin atrevernos á rehusar la barca, hasta que Antonieta siempre burlona, tuvo piedad de nosotros, y dijo dirigiéndose á León:

—Estos caballeros nos han cedido el paso esta mañana, justo es que ahora se lo cedamos nosotros.

Miré á mi filósofo amigo, que dudoso y balbuciente no se atrevió á expresar su pensamiento, y cuando vió mis ojos fijos en él, dijo con viveza:

—Señores, el sacrificio es inútil aquí, puesto que una sola lancha puede bastarnos; estos caballeros harán el favor de dejarnos en la primera isla y de recogernos á la vuelta. ¿Aceptan ustedes el trato?

Antonieta aceptó, y las cestas fueron cuidadosamente depositadas en el fondo de la barca. Me coloqué muy cerca de la mía, procurando estar lo más lejos posible de los remos, mientras Antonieta y León, no pudiendo sin duda hacer otro tanto, se sentaron juntos en el asiento vacío. En cuanto á los dos pretendientes, luchando siempre en un pugilato de buen humor y galantería, cogieron los remos en fraternal acuerdo.

Ganaron la corriente, y allí, como quisieran dejar descender la barca río abajo, Antonieta pretendió que en la parte más alta del río las islas eran más desiertas y más sombrías. Miráronse los remeros desconcertados, hicieron virar en redondo á la lancha y empezaron á luchar penosamente contra la corriente, rápida en aquel sitio. Existe una tiranía pesada y dulce á la vez, y es la de un tirano de sonrosados labios, que puede en uno de sus caprichos pedir el mundo entero y pagarlo con un beso.

La joven, inclinándose, mojó su mano en el agua y la retiró chorreando para contar las perlas líquidas que se escapaban de sus dedos. León la miraba, hallándose violento por estar tan cerca de una enemiga. Dos veces le ví dispuesto á abrir los labios para decir alguna tontería, pero volvió á cerrarlos al ver mi sonrisa. Por lo demás, ni ella ni él pensaban en hacer gran caso de su vecino: hasta volvían algo la espalda.

Antonieta, cansada de humedecer los vuelos de su manga, me habló de su último pesar, diciéndome que, aunque se había consolado, permanecía triste, porque en los días del estío no podía vivir sin amor. No sabía qué hacer mientras llegase el otoño.

—Busco un nido—añadió—pero le quiero de seda azul. Se debe amar más tiempo cuando los muebles, las alfombras y las colgaduras son del color del cielo. Mas busco en vano; ¡los hombres son tan malos!

Llegamos á una isla, y en el momento en que yo decía á los remeros que arrimasen á ella la barca para bajarnos, Antonieta se opuso, hallando la isla fea y sin sombra, declarando que no consentiría en abandonarnos en semejante lugar. León no se había movido de su asiento; volví á sentarme y continuamos remontando el río.

La joven, con una alegría de niña, empezó á describir el nido soñado: una habitación cuadrada, de techo elevado, cuyos muros tapizados de blanco lucieran lindas florecillas azules, unidas por cintas del mismo color; á los cuatro ángulos cuatro jardineras cubiertas de flores, y en medio un velador inundado también de ellas. Una marquesita pequeña para que cupiesen dos personas, pero muy juntitas. Nada de espejos que distrajeran la mirada en una coquetería egoísta; alfombras y cortinajes muy espesos para apagar el ruido de los besos. Flores, sofá, alfombras y colgaduras habían de ser azules. Ella vestiría del mismo color, y no abriría los cristales de los balcones los días en que el cielo tuviese nubes.

Quise á mi vez adornar algo la habitación, hablando de chimenea, reloj, armario de luna.

—Pues yo encuentro ese armario ridículo: ¿me cree usted tan tonta que lleve hasta mi nido las míseras necesidades de la vida? Quisiera vivir libre, sin cuidados, no siempre, pero sí algunas horas cada día. Los hombres, aunque fueran ángeles, se cansarían hasta de Dios mismo; ya los conozco, y por eso yo seré quien tenga la llave del paraíso en mi bolsillo.

La segunda isla se destacaba ante nosotros; Antonieta palmoteó alegremente, exclamando que aquel era el más encantador desierto que un Robinsón de veinte años pudiera soñar. La orilla algo elevada, estaba orlada de grandes árboles entre los cuales crecían los escaramujos y juncos. Un muro impenetrable se construía espontáneamente cada primavera; muro de hojas, de ramas, de musgos que crecían mirándose en el agua. Por fuera, un enrejado de enlazadas ramas, por dentro, lo desconocido. Aquel misterio, aquella cortina de verdura que oscilaba al soplo del viento sin descomponerse jamás, hacían del islote un encantador retiro que el pasajero poblaba en su imaginación de blancas ninfas acuáticas.

Remamos alrededor de aquel enorme ramo de hojas antes de hallar un puerto; parecía no querer por habitantes más que á los libres pájaros. Al fin hicimos pie en la maleza. Antonieta nos vió bajar.

Uno de los remeros, que sostenía la barca agarrado á una rama, se escurrió, y entonces la joven, sintiéndose arrastrada, tendió sus brazos, y asiéndose á su vez á una débil rama, se tambaleó y pidió socorro. Después, cuando los remeros amarraron la lancha, saltó sobre el césped y se reunió con nosotros, asombrada de su arrojo.

—No temáis, amigos—nos dijo,—no quiero molestaros; si deseáis ir hacia el Norte... iremos hacia el Mediodía.

IV

Cogí la cesta y empecé á explorar el terreno para buscar un sitio donde la hierba estuviese menos húmeda. León me seguía, y á él Antonieta y sus pretendientes. Recorri-

mos toda la isla, y al volver al punto de partida me senté, decidido á no dar un paso más. Antonieta dió unos cuantos, pareció indecisa y concluyó por colocarse frente á mí. Entonces León halló el sitio encantador y juró que no hallaríamos otro igual.

Sin saber cómo, las cestas se encontraron juntas, y las provisiones se mezclaron tan perfectamente cuando se extendieron sobre la hierba, que no pudimos reconocer cuáles eran las de cada grupo. Por espíritu de justicia partimos por igual los víveres.

Apresuráronse los dos enamorados á tomar sitio al lado de la bella, á adivinar sus más pequeños deseos, hasta el punto de que, cuando pedía una cosa, casi siempre obtenía dos. Comía Antonieta con gran apetito.

León, por el contrario, no probaba bocado y permanecía mudo, dirigiéndome una mirada burlona cada vez que Antonieta sonreía á sus compañeros. Como aceptaba finezas de ambos lados, alargaba las manos á derecha é izquierda con igual complacencia, dándoles gracias con dulce voz y haciéndome señas con los ojos, que yo no comprendí.

Decididamente la joven estaba aquel día muy coqueta. Medio oculta entre la hierba, podría comparárela por un artista á una gran flor que tuviera el don de la mirada y la sonrisa. Ella, tan natural de ordinario, adoptaba movimientos provocadores, inflexiones mimosas en la voz, desconocidas para mí. Los pretendientes, confusos con tal proceder, se miraban con aire de triunfo. Yo, asombrado de aquella repentina coquetería, me preguntaba, sin perder de vista su maligna sonrisa, cuál de nosotros transformaba aquella sencilla muchacha en astuta cortesana.

Refamos más que hablábamos.

León cambiaba de sitio á cada instante, sin encontrarse bien en ninguno. Había vuelto á adoptar su aire escéptico, y temiendo un discurso suyo, supliqué con la vista á nuestra compañera me perdonase por tener un amigo tan desagradable. Ella era transigente, y un filósofo de veinte años, por serio que fuese, no la desconcertaba.

—Caballero—dijo á León,—está usted triste y nuestra alegría parece serle importuna; no me atrevo á seguir riéndome.

—¡Oh! No, señora—respondió,—si me callo es porque no sé, como esos caballeros, hallar palabras chistosas.

—Eso quiere decir que no es usted adulator. Entonces, hable usted, le escucho; me muero por oír verdades.

—A las mujeres no les gustan, señora. Además, cuando son jóvenes y bellas, ¿qué mentira puede decirselas que no sea verdad?

—Vamos, ya veo que es usted tan cortesano como los demás. Quiere usted avergonzarme. Cuando estamos ausentes, nos critican los hombres sin piedad; pero en cuanto cualquiera de nosotras aparece, no hallan ustedes saludos bastante profundos ni frases bastante tiernas. Eso se llama hipócresta; soy franca, y digo: los hombres son malos, no saben amar; vamos, sea usted también franco, ¿qué dice usted de las mujeres?

—¿Puedo hablar con libertad?

—Ya lo creo.

—¿No se enfadará usted?

—¡Quíal! No, me reiré.

León tomó actitudes de orador, y como yo ya conocía el discurso por haberle oído más de cien veces, me entretuve para soportarle en echar chinitas al Sena.

—Cuando Dios—exclamó—se apercibió de que faltaba un ser en la creación después de agotado todo el fango, no supo de dónde tomar la materia necesaria para reparar su olvido. Fuele preciso dirigirse á las criaturas y quitó un poco de carne á cada

animal; de esas segregaciones hechas á la serpiente, al lobo y al buitre creó la mujer. Así los sabios que tienen conocimiento de este hecho, omitido en la Biblia, no se asombran viendo á la mujer caprichosa, presa sin cesar de encontrados sentimientos, fiel imagen de los diversos elementos que la componen. Cada ser la ha dado un vicio, el cual, esparcido por la creación, se ha reunido en ella; de ahí sus caricias hipócritas, sus tradiciones, sus desenfrenos...

Mi amigo parecía recitar una lección; Antonieta aplaudía.

—Las mujeres—continuó el orador—nacen ligeras y coquetas, como nacen rubias ó morenas. Se entregan por egoísmo, sin cuidarse de escoger según el mérito, y basta que un hombre sea fatuo y posea la hermosura de los necios, para que se le disputen. Que sea sencillo y afectuoso, que se contente con ser hombre de talento, sin proclamarlo al son de una bocina, les importa poco, ni sospechan que existe. Siempre les son precisos los juguetes que brillan, trajes de seda, collares de oro, pedrerías, amantes perfumados y pretenciosos. En cuanto á los resortes de la divertida máquina, ignoran si funcionan bien ó mal; prescinden del alma. Se ocupan de los cabellos negros, los labios rojos, sin tener la menor curiosidad por los asuntos del corazón. Por eso se arrojan entre los brazos del primero que se presenta, confiando en su buena presencia; le aman porque les gusta, y les gusta porque sí. Llega un día en que aquel hombre las olvida, las maltrata, y entonces se hacen las mártires, exclamando que los hombres sólo se ocupan en destrozar corazones. ¡Las muy locas no buscan nunca la flor del amor donde se cría!

Antonieta volvió á aplaudir. El discurso que yo conocía había terminado, pues León le pronunció todo seguido como teniendo prisa por llegar al final. Dicha la última frase, miró á la joven con notable interés; después añadió:

—No he tenido más que una verdadera amiga cuando yo tenía doce años y ella diez, y ésa me hizo traición por un perro dogo que se dejaba atormentar por ella sin mostrar sus dientes jamás. Lloré mucho por tan cruel olvido, jurando no volver á amar, y he sido fiel á mi juramento, no esperando nada bueno de las mujeres. Si amara, sería celoso é impertinente, querría con pasión, me haría aborrecible, me engañarían y moriría de dolor.

Guardó silencio, y trató en vano de sonreír para ocultar algunas lágrimas detenidas entre sus párpados. Antonieta no se ría; habíale escuchado con profunda atención, y levantándose de su sitio sin dejar de mirar á León, colocó sobre su hombro una de sus manos, exclamando sencillamente:

—Es usted un niño.

V

Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban en el río: las cestas fueron transportadas á la lancha, y nosotros, tendidos á placer sobre la hierba, esperábamos la aparición de las primeras estrellas para regresar, siguiendo la corriente, al fresco de la noche.

Antonieta y León, sentados bajo un espeso arbusto que extendía sobre sus cabezas las frondosas ramas, lloraban ó reían, hablando en voz baja que no llegaba hasta mí. Yo escogí una explanadita cubierta de fino césped, sobre la que me tendí, contemplando á la vez el cielo y la alfombra que se extendía bajo mis pies. Los dos pretendientes de la joven, apreciando sin duda el encanto de mi posición, vinieron á echarse el uno á mi izquierda y el otro á mi derecha.

Abusaban de su respectiva situación para hablarme simultáneamente.

El que estaba á mi izquierda me tocaba ligeramente en el brazo cuando veía que no prestaba atención á sus palabras.

—Con dificultad— me dijo— puede hallarse una mujer tan caprichosa como ésta, cuya cabeza gire al menor soplo de aire. Para probarlo, basta decir á usted que cuando nos encontramos esta mañana íbamos á comer á dos leguas de aquí; pero apenas desaparecieron ustedes de nuestra vista, nos hizo volver pies atrás. ¡Es cosa de perder el juicio! Yo me muero por las cosas que tienen su razón de ser; pero esto...

El que estaba á mi derecha me decía al propio tiempo, obligándome á escucharle también:

—Deseo desde esta mañana hablar á solas con usted, porque tanto mi compañero como yo le debemos una satisfacción. Hemos notado su gran simpatía por Antonieta, y sentimos vivamente estorbarle en sus proyectos, y crea usted que á haber conocido su amor un poco antes, nos hubiéramos retirado para no causar el menor disgusto á un tan cumplido caballero; pero ya es tarde; hoy no nos sentimos con ánimos para consumir el sacrificio. Además, quiero ser franco hasta el fin. Antonieta me ama. Le compadezco á usted y me pongo á su disposición.

Me apresuré á tranquilizarle; pero aun cuando le juré que no había sido ni sería nunca amante de Antonieta, no dejó de prodigarme los más tiernos consuelos. Le era muy dulce pensar que me había arrebatado mi querida.

El otro, picado por la atención que demostré á su compañero, se inclinó hacia mí para obligarme á hacerle caso, y me hizo la siguiente confidencia:

—Deseo ser franco con usted: Antonieta me ama, y crea usted que me inspiran lástima todos sus adoradores.

En aquel momento un ruido singular, que provenía del sitio en que León y Antonieta se ocultaban, llegó hasta nosotros. Ignoro si era un beso ó el grito de una tórtola asustada.

Mientras tanto, mi vecino de la derecha sorprendió al de la izquierda diciéndome que Antonieta le amaba, y levantándose con aire amenazador, dirigióse hacia él con los puños levantados. Me evadí como pude y les dejé frente á frente.

Escogí un sitio admirable desde donde veía á Antonieta y León que seguían disputando, pero cada vez más cerca el uno del otro. En cuanto á los pretendientes, se hallaban tan lejos de mí, que no podía escuchar sus palabras, pero sí apreciar sus furiosos gestos. La joven les volvía la espalda.

—Se ha portado usted muy mal—decía el uno,—pues hace dos ó tres días que ha debido retirarse. ¿No ha notado usted que es á mí á quien prefiere Antonieta?

—En efecto—respondía el otro,—no he sido listo para conocerlo; pero usted ha tenido la necedad de creer dirigidas á su persona las sonrisas y miradas dedicadas á mí.

—Esté usted seguro, pobre amigo mío, de que Antonieta me ama.

—Convénzase usted, desdichado, de que Antonieta me adora.

Miraba yo á Antonieta, y decididamente creía que no debía haber existido ninguna tórtola en el arbusto.

—Me he cansado de esta anómala situación—replicó uno de los contendientes.—¿No opina usted que es preciso que uno de los dos desaparezca?

—Iba á proponerle lo mismo.

Alzaban la voz y gesticulaban con tal cólera, que la joven, atraída por el ruido creciente de la querrela, volvió la cabeza. Vi el asombro pintado en su rostro; después sonrió, llamando la atención de León sobre los dos jóvenes diciéndole al oído algunas palabras que le hicieron reír.

Levantóse mi amigo y se aproximó á la orilla, conduciendo á su compañera. Ahogaban por precaución sus carcajadas mientras continuaban andando, procurando evitar el

hacer el menor ruido. Creí adivinar que intentaban ocultarse para obligarnos á buscarlos después.

Los dos jóvenes gritaban con más furia, y á falta de espadas preparaban sus puños. Mientras tanto León llegó á la lancha, hizo entrar en ella á Antonieta, soltó la amarra y saltó al bote.

En el mismo instante en que uno de los adversarios levantaba el brazo sobre el otro, vió la lancha en medio del río, y estupefacto, olvidando su ira, la mostró á su compañero.

—¡Eh, eh!—gritó corriendo á la orilla.—Me parece una broma muy pesada.

Todos me habían olvidado detrás de la maleza. La dicha y la desgracia vuelven á las gentes egoístas. Me levanté.

—Señores—dije á los pobres muchachos, compungidos y asombrados;—¿recuerdan ustedes cierta fábula? Esta burla quiere decir que les roban la mujer que creían haber robado.

—La comparación no es muy galante—me gritó León desde la lancha.—Según tú, esos caballeros son ladrones, y esta señora un...

Aquella *señora* le besó, y aquel beso hizo que no oyéramos la grotesca frase.

—Hermanos—añadí, volviéndome hacia mis compañeros de naufragio;—hemos aquí sin viveres y sin techo donde resguardarnos. Construyamos una choza y comamos peces del río mientras llega un navío que nos pueda sacar de esta isla desierta.

VI

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Yo no sé. Me preguntas demasiado, Nineta. Hace ya más de dos meses que Antonieta y León habitan el nido color de cielo. Ella sigue siendo una linda muchacha; él sigue maldiciendo de las mujeres con más gracia que nunca. Lo cierto es que se adoran.

EMILIO ZOLA.

EL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA

Los cómicos empiezan sus campañas artísticas en los teatros, y es justo que las empecemos en las Revistas los que de escribir vivimos.

Dicen quienes están bien enterados que la temporada teatral avanza preñada de amenazas. Se murmura que los críticos trabajarán sincera, seria y hondamente para que los autores hagan buenos dramas y los actores los representen á la perfección. Eso y algo más se dice entre bastidores, entre cuartillas y entre dramas planeados.

¡Qué país tan admirable el nuestro! Al cabo de cuatro siglos de escribir para el Teatro los más esclarecidos ingenios de España y de producir obras que todo el mundo, hasta los críticos, estiman inmortales, nos encontramos con que es preciso hacer Teatro español.

¡Hay para desesperar! Desde que tengo uso de razón todos los años se estrenan obras magistrales y se descubren actores eminentes. Nos lo decía la crítica. Ahora resulta que nada hay de lo dicho y que es preciso empezar de nuevo. Así se expresa la crítica también.

Si los críticos con sus mágicas plumas y con sólo intentarlo pueden ennoblecer el arte ¡qué responsabilidad la de los críticos!

Por suerte es poco el poder de la crítica y ni los que la cultivan deben adjudicarse

la decadencia del arte escénico ni es de juiciosos el aspirar á regenerarlo tachando los adjetivos laudatorios de los sueltos de contaduría.

Y, ¿por qué los *gacettilleros* consideran á los cómicos y á los autores capaces de *pervertirse* con leer solamente las críticas benévolas ó injustas en alabanzas? Nadie lo sabe, como nadie se explica por qué los críticos que escriben para el teatro no son susceptibles de ser injustos con los empresarios ó directores que rechacen sus obras ó que no se apresten á estrenar las *admitidas aparentemente*, por temor al palo. El hecho no es de honda psicología ni pertenece á lo transcendental; es un asunto de lógica al alcance de todas las fortunas. Si el bombo injustificado puede endiosar á cómicos y autores, el despecho puede hacer también injustos á los críticos, y si son necesarias medidas enérgicas contra los autores que dan al público gato por liebre y contra los actores que ni le dan gato siquiera, ¿qué medidas habrán de tomar unos y otros contra los críticos despechados?

¡Que no hay críticos despechados! Santo y bueno y admitido queda sin reparo; pero en este caso, si hemos de pensar lo mejor de los revisteros, no hay razón para que pensemos lo peor de autores y cómicos. ¡Que éstos son malos, que unos y otros abusan de la indulgencia del crítico! Si esto fuese cierto, ¿qué autoridad tendría la crítica para empuñar el látigo que ha de embellecer al arte escénico? Ninguna.

Efectivamente, la crítica en España carece de autoridad. A las revistas encomiásticas del día del estreno contesta el público con su retraimiento. La misión, pues, que aquella se ha impuesto es difícilísima. No inspira confianza á la gente que va al teatro, ni ha logrado inspirar respeto á los que del teatro viven; á lo sumo produce algún temor en los ánimos timoratos; en los de buen temple jamás hizo mella la crítica teatral.

No obstante, es cierto; la crítica tiene razón; existen en España muy pocos, poquísimos actores y muy pocos autores. Mas la crítica no puede volverse airada contra tamaña *desgracia nacional*, mayor que la de la pérdida de las colonias, porque la crítica, si no ha convencido al público de que tenemos un artista en cada autor que ha estrenado y en cada actor que pisa tablas, se lo ha propuesto al menos, no encontrando obra mala ni cómico mediano.

¿Cuándo se ha hecho aquí crítica de sentimiento, de dicción, de plasticidad para contribuir á la formación de los actores? Nunca. ¿Cuándo se ha hecho en España crítica psicológica de los caracteres, crítica científica de los asuntos, crítica artística de las imágenes para estimular á los autores? Jamás. ¿Por qué tal desastre en el Teatro español? Las causas vienen de lo hondo, quizá vengan del agotamiento de nuestra raza; pero á la superficie vemos la mano de los críticos que son autores. Hoy, alabanzas sin medida por meter un drama en el Español; mañana, censuras sin tasa porque les han rehusado una obra en la Comedia.

De esos hay algunos entre los que á última hora quieren hacer arte dramático cantando las verdades del barquero.

Es tarde ó es inútil. El arte puede surgir sin crítica; no la había en los tiempos más gloriosos del Teatro español. Además, la crítica escrita está sujeta á todas las debilidades humanas; no así la hablada, la del público que paga, abierta ó cerrada á cal y canto tanto á las fealdades del autor como á las *bondades* del crítico. El arte, el verdadero arte, va del autor al público directamente, cuando el autor es un artista, sin que necesite de manos que le guíen. No demos, pues, tanta importancia á nuestra obra, y mucho menos cuando en España está por hacer la crítica de arte. La hará, ¡quién lo dijera!, la ilustración y la mentalidad española produciendo periódicos y revistas con *fuerza* suficiente para *crear* críticos que vivan con holgura de su profesión, sin necesidad de meterse á autores.

Y esto sentado, esperaremos el primer estreno.

ANGEL CUNILLERA.

Con suma satisfacción participamos á nuestros lectores que se halla entre nosotros el ilustrado amigo Angel Cunillera, que ha entrado á formar parte de esta Redacción y que se ha encargado de la parte literaria que se relacione con el arte escénico.

LA REDACCIÓN.



(De *L'Asino*, de Roma.)

El trabajo de coordinación en el ejercicio.

Ejercicios difíciles.—La habilidad en el ejercicio.—Las vueltas del trapecio.—Aprendizaje de los movimientos.—Precisión en los actos musculares.—Función del cerebro y de las facultades psíquicas en la coordinación de los movimientos.—Una lección de baile.—Educación de los músculos.—Economía de fuerza muscular y de gusto nervioso en igualdad de trabajo mecánico.

Perfeccionamiento del sentido muscular.—El baile de San Vito.—Función higiénica de los ejercicios difíciles; su utilidad.—Quiénes deben abstenerse de ellos.—Error habitualmente cometido en la elección de un ejercicio.

La voluntad no es la única facultad de orden psíquico que entra en la ejecución de los movimientos; su papel se limita á determinar el acto muscular y á excitar el músculo; pero tienen que intervenir otros factores para regular, dirigir y ponderar los actos musculares.

Todo movimiento exige la intervención de un gran número de músculos, y cada músculo puesto en juego debe contraerse con una fuerza determinada, para que el conjunto del trabajo contribuya á un movimiento preciso. Se llama trabajo de *coordinación* el que tiene por objeto elegir los músculos que deben tomar parte en el movimiento y regular el esfuerzo de cada uno, distribuyéndoles exactamente la cantidad de influjo nervioso necesario para obtener una contracción ni demasiado débil ni demasiado energética. Este trabajo corresponde al cerebro.

Llamamos *difíciles* los ejercicios que necesitan más bien una hábil coordinación de los movimientos que una gran cantidad de trabajo. La equitación, la esgrima, la gimnasia de aparatos, son otros tantos ejercicios difíciles, que exigen de parte del individuo más bien habilidad que fuerza.

I

Viendo con qué facilidad se ejecutan los actos más complicados de la vida usual, se inclina uno á creer que cada músculo tiene un destino, fijado de antemano, y se encuentra de tal manera ligado á la voluntad, que basta querer mover una parte del cuerpo en cierta dirección para encontrar inmediatamente el grupo de músculos á que debe confiarse la ejecución del movimiento. Se olvida que los actos más ordinarios, los que se ejecutan con más facilidad, han sido laboriosamente estudiados y han comenzado por ser torpes y difíciles antes de devenir, por decirlo así, naturales y automáticos, después de una larga práctica.

Los ejercicios difíciles necesitan frecuentemente actitudes á las que el hombre no está habituado, movimientos nuevos en que no se han ejercitado sus miembros. Es preciso un nuevo aprendizaje para encontrar nuevas combinaciones en el juego de los músculos. Ciertos grupos musculares, habituados de larga fecha á actuar juntos, tienen que desunirse en algunos ejercicios gimnásticos, mientras que se deben unir en el mismo esfuerzo otros grupos que, hasta entonces, jamás se habían asociado en el mismo movimiento. El que ensaya á caminar sobre sus manos se ve obligado á buscar posturas completamente nuevas para él y á hacer intervenir en su ejercicio combinaciones de movimientos y de equilibrio á que su cuerpo jamás se ha prestado. Aunque el individuo sea de una fuerza atlética, es seguro que no lo conseguirá al primer intento. Toda la energía gastada en esos esfuerzos musculares no podrá suplir el aprendizaje porque, en el ejemplo citado, la habilidad es más necesaria que la fuerza.

A cada nuevo movimiento, á cada actitud desconocida que los ejercicios difíciles imponen al individuo, es preciso que los centros nerviosos ejecuten una especie de elección de los músculos no dejando tomar parte en el esfuerzo más que á aquellos que lo favorecen y eliminando los que pudieran estorpearlo. Hace falta también que los huesos sobre los que actúan los músculos se muevan en una dirección perfectamente adaptada á la ejecución del acto proyectado, porque una inclinación más ó menos grande de las palancas pue-

de favorecerlo ó hacerlo imposible. En fin, todas las partes que actúan, miembros, columna vertebral ó pelvis, tienen que ejecutar con precisión, unas sobre otras, ciertos movimientos, cuya resultante es una actitud favorable á la realización definitiva del ejercicio.

Cuando se intenta ejecutar por vez primera un movimiento desconocido, parece al principio que los músculos, tan dóciles en los actos habituales de la vida, se hacen reacios á las órdenes de la voluntad. Cuando obedecen, por fin, las palancas óseas, á su vez, parece que rehusan moverse en la dirección deseada, y el conjunto del cuerpo, á pesar de los más violentos esfuerzos, no puede tomar exactamente la actitud buscada.

Hay, en gimnasia, un movimiento muy conocido, que se llama la *vuelta del trapecio*. Los niños que la han aprendido la ejecutan con la mayor facilidad y no les exige sino muy poca fuerza. Consiste en suspenderse del trapecio por las manos, y hacer pasar las piernas y el cuerpo entero por encima de la barra del trapecio y continuar el movimiento de revolución hasta que el cuerpo haya tomado su actitud primera.

Se puede desafiar al hombre más robusto y más ágil, si no ha ejecutado nunca ese movimiento, á que, de buenas á primeras, lo efectúe.

Una vez suspendido por las manos, el gimnasta novicio que trata de imitar al maestro, se encuentra muy embarazado. No sabe cómo arreglarse para imprimir al tronco el movimiento de báscula en virtud del cual las piernas han de pasar por encima de la barra. En ese momento, en medio de sus esfuerzos musculares, está haciendo manifiestamente un esfuerzo cerebral; tantea, ensaya la intervención, ya de un músculo, ya de otro. Si se observa á sí mismo, tiene perfectamente la noción de un trabajo de orden psicológico; sus centros nerviosos parecen buscar la solución de un problema que se podría formular así: ¿qué músculos hay que contraer para hacer pasar el tronco de la posición vertical á la horizontal?— La respuesta á esta cuestión no llega, de ordinario, sino después de largos tanteos; pero casi siempre se experimenta una verdadera sorpresa cuando el problema está resuelto, cuando se ejecuta por fin el movimiento. No se tiene la idea de haber hecho un esfuerzo más grande, sino de haberlo ejecutado de un modo distinto que anteriormente. La voluntad, después de haber ensayado sin éxito muchos grupos musculares, llega por fin á asociar, en un movimiento de conjunto, los que realmente eran aptos para producir el efecto buscado.

Lo mismo que el hombre que después de haber buscado mucho tiempo el mecanismo de una puerta secreta, pone al fin el dedo en el botón que hace saltar el resorte.

El análisis que acabo de hacer nos ha permitido ver una de las formas del trabajo de coordinación, la ejecución de un movimiento nuevo para el individuo. Pero no se limita á esto el trabajo de los centros nerviosos en los ejercicios difíciles. Además del aprendizaje de movimientos ignorados, se necesita el perfeccionamiento de los ya conocidos.

Muchos ejercicios piden una gran precisión en los movimientos. No se trata ya de elegir los músculos que deben obrar; hay que determinar exactamente la intensidad de su contracción para que el miembro que ha de moverse no se quede corto ó vaya más allá del objeto. Es preciso adaptar la intensidad del esfuerzo muscular á la distancia que hay que recorrer; ó bien hay que apreciar la dirección más exactamente aún que la distancia.

Todos los ejercicios de habilidad exigen estos trabajos de adaptación de los movimientos á una dirección ó á una distancia determinada. La esgrima de florete, el pugilato, la esgrima del bastón, exigen una ponderación perfecta en las fuerzas *componentes* del movimiento, porque es preciso que la *resultante*, es decir, la dirección final del brazo ó de la pierna, esté determinada casi en milímetros.

Se llama trabajo de *coordinación* al que tiene por objeto regular así el esfuerzo respectivo de cada grupo muscular, distribuyendo á cada músculo la cantidad de influjo nervioso necesario para obtener una contracción que no sea ni demasiado débil ni demasiado enérgica.

Este trabajo difiere mucho del muscular propiamente dicho, y se parece mucho más á una operación de orden intelectual que á un acto material. Exige que entren en juego la mayor parte de las facultades psíquicas, y las partes más delicadas de los centros nerviosos. No se le puede evaluar con el dinamómetro, y, sin embargo, hay que tenerle en cuenta si se quiere apreciar exactamente la fuerza gastada por el individuo.

Un ejemplo elegido entre los hechos más vulgares de la gimnasia puede demostrarnos la diversidad de facultades intelectuales que se ponen en juego por el trabajo de coordinación.

Un clown va á saltar sobre una plataforma estrecha que está á una gran altura; observad cómo prepara su movimiento. Permanece un instante inmóvil, como dudando; sus miembros inferiores se estiran y se doblan alternativamente varias veces, dibujando *in situ* el movimiento violento que va á hacer. Parece tantear, calculando el esfuerzo necesario para llegar á la plataforma sin pasarse más allá. Cuanta más precisión exige el salto, más aparente se muestra esa especie de ensayo preliminar, que no es más que la traducción á la vista del espectador de un trabajo interior á que se entrega el gimnasta. Midiendo á ojo la distancia, calcula el esfuerzo necesario para recorrerla y trata de determinar el grado de contracción á que debe someter sus músculos.

La sensibilidad del músculo y de las partes contiguas, como los nervios y la piel, dan al que salta la noción exacta de la intensidad de la contracción que tiene que preparar; el recuerdo de un esfuerzo hecho muchas veces para franquear una distancia semejante le permite juzgar, por comparación, suficiente el esfuerzo que va á hacer; y solamente después de haber hecho este juicio rápido es cuando se lanza y llega á su meta.

Así, pues, todo movimiento coordinado exige que entren en juego tres facultades fundamentales: la sensibilidad, que nos indica la intensidad del trabajo del músculo; el juicio, que nos hace apreciar el efecto probable, y la voluntad, que decide el movimiento y determina su ejecución.

Lo más frecuente es que los actos musculares se coordinen mientras se ejecutan y á medida que se van sucediendo. Esto se observa en los movimientos lentos. Pero cuando un movimiento tiene que ser muy rápido é instantáneo debe precederle la coordinación.

Antes de ejecutar un acto que exija á la vez prontitud y precisión, tienen que someterse los músculos á una preparación. Reciben de los centros nerviosos una excitación latente, demasiado débil para hacerles entrar en contracción, pero que basta para mantenerlos, por decirlo así, despiertos. Es una consigna dada, que el órgano motor, centinela vigilante, efectuará á la primera señal.

Solamente á costa de esta intervención incesante del influjo nervioso pueden ser ejecutados los movimientos instantáneos con justa medida y perfecta precisión. Si un acto muscular fuese á la vez muy repentino y completamente imprevisto, tendría que ser además *desordenado*, y mal adaptado como intensidad y como coordinación á la circunstancia que lo provoca.

Cuando se asusta un caballo por una detonación inesperada, quiere dar un salto para huir, pero sus músculos no están preparados, los miembros no encuentran instantáneamente la dirección deseada, y, en lugar de escapar, el animal se cae.

Se puede caracterizar bien los ejercicios difíciles, desde el punto de vista fisiológico, diciendo que son los que necesitan sobre todo un trabajo de coordinación. Este trabajo tiene por efecto inmediato el economizar la fuerza gastada, regulando el trabajo de los músculos, exigiendo á cada uno la parte exacta que le corresponde en el ejercicio, suprimiendo las contracciones inútiles y haciendo actuar á las palancas óseas según la inclinación más favorable al buen resultado del movimiento.

La facultad de coordinación, como todas las facultades fisiológicas, se perfecciona rápidamente por el ejercicio, y de ello resulta mayor facilidad del trabajo en el hombre que se entrega á ejercicios difíciles. Con igual gasto de fuerza, el gimnasta hábil produce más trabajo que el hombre torpe, ó, si se quiere de otro modo, emplea menos fuerza para hacer el mismo trabajo.

El hombre que sobresale en los ejercicios de habilidad es una máquina cuyo rendimiento ha aumentado: el tiempo perdido se ha reducido en él al mínimo.

La facilidad de los movimientos es una consecuencia completamente natural de la práctica de los ejercicios difíciles. Un movimiento es cómodo cuando nada le entorpece ni le contraría. El gimnasta ejercitado sobresale por suprimir toda contracción muscular que no concorra directamente á la ejecución del movimiento. En los ejercicios del hombre inhábil hay muchos músculos cuya acción se encuentra paralizada por la intervención inoportuna de los músculos antagonicos. Una gran parte de la fuerza que gasta debe emplearse en vencer la resistencia que sus propios músculos oponen á sus movimientos. El nadador novicio despliega una fuerza capaz de mover un barco pesado, y, sin embargo, apenas avanza algunos metros, se para agotado. Sus desordenados esfuerzos vienen de una lucha inútil entre los músculos extensores, que deben ejecutar el movimiento, y los flexores, que concurren torpemente á contrariarlo.

Es preciso haber practicado uno mismo los ejercicios para comprender toda la parte que puede tomar en ellos la facultad de coordinación. Si hay un aprendizaje para los movimientos que no se conocen, hay también un perfeccionamiento de los movimientos que se conocen; hay una manera de marchar, una manera de correr, una manera de levantar pesos con el menor trabajo posible; un ligero cambio del hombro ó del codo, el bajarse ó enderezarse la columna vertebral, son otros tantos movimientos imperceptibles para el espectador, y que, al que los ejecuta, le disminuyen á veces la mitad del esfuerzo. No hay más que una sola manera de darse cuenta de todas las inflexiones que pueden ofrecer los movimientos, que es ejecutarlos uno mismo. Se comprende entonces que hay, para el acto muscular más insignificante, una multitud de variantes que no es posible sorprender con sólo mirar. Por el aprendizaje se llega á hacer una selección entre esos diferentes procedimientos y se adopta, naturalmente, el que representa la mayor economía de fuerza.

De este modo se concluye por ejecutar sin fatiga los ejercicios que al principio parecían más fatigosos.

El rasgo dominante de los ejercicios difíciles, el que más importa retener, es que su dificultad disminuye á medida que se practican. Así sus efectos son completamente distintos, según que los practique gente novicia ó individuos acostumbrados ya á ellos. Ciertos ejercicios gimnásticos que costaban al principio un gran gasto de fuerza nerviosa, se ejecutan, al cabo de cierto tiempo, con maravillosa facilidad.

La equitación es un trabajo que rinde y extenua al principiante, y no es más que un trabajo moderado para el jinete práctico. El remar exige cierto aprendizaje, tanto más prolongado cuanto que generalmente se hace sobre débiles embarcaciones, en las que el remero con dificultad mantiene el equilibrio; pero al cabo de cierto tiempo de práctica ya no exige más que músculos resistentes. El mismo individuo que al empezar se agotaba á la media hora, puede, seis semanas más tarde, remar sin fatiga de sol á sol.

La disminución de la fatiga en los ejercicios que se practican mucho, procede, en primer lugar, de un empleo más inteligente de los músculos, á los que el *sportman* hábil sabe hacer producir mucho trabajo con pequeño gasto de fuerza. Hay otra razón para que resulte menor la fatiga experimentada, y es que los centros nerviosos hacen un esfuerzo más pequeño para coordinar movimientos mejor conocidos. Trabajos que al principio necesitan la intervención continua de las facultades conscientes, se ejecutan más tarde sin que la voluntad parezca tomar parte en ellos y devienen automáticos. No hay que comparar los efectos de un trabajo que se está aprendiendo con los efectos de un trabajo conocido. Bailar es una diversión; aprender á bailar es un trabajo del espíritu y del cuerpo.

Tengo aún ante mi vista el cuadro de una lección de baile que recibió uno de mis mejores amigos, distinguido oculista, que, á los treinta años, quiso aprender la polka. Nada más curioso de observar que la contracción de su cara, que indicaba una tensión enorme de todas sus facultades. Se había aislado, con el pensamiento, de todos los asistentes, reconcentrando toda la potencia de la voluntad en sus piernas, que se negaban á seguir el ritmo. Era un verdadero combate contra sus músculos indisciplinados, y el sudor inundaba su frente.—Después nos dijo que jamás una operación de catarata le había costado semejante esfuerzo cerebral.

II

El primer beneficio debido á la práctica de los ejercicios difíciles, es, pues, la educación de los movimientos. Todo el mundo ha notado lo rápidamente que la gimnasia consigue disminuir la torpeza y pesadez de los movimientos. El recluta, arrancado á los rudos trabajos de la agricultura para ponerle á hacer el ejercicio, se *desbasta* rápidamente. Los músculos, habituados hasta entonces á obedecer con lentitud para gastar su fuerza en movimientos fáciles, se ven obligados á obedecer con precisión, entrando en juego á la voz de mando. Sufren una disciplina nueva para ellos y tienen un aprendizaje que hace su acción más pronta y más fácil.

Si se penetra en los pormenores de aplicación de los ejercicios difíciles, se encuentra que hay enfermos para los que son una indicación formal: tales son los niños atacados de corea. En esta enfermedad el hombre pierde toda especie de autoridad sobre sus músculos; le agitan todo el día movimientos involuntarios, á despecho de sus esfuerzos

para permanecer inmóvil, mientras que, por otra parte, los movimientos voluntarios escapan á toda dirección, á todo orden. Los enfermos tiran cuantos objetos tocanse agitan y hacen contorsiones al andar, y no tienen, en una palabra, ni precisión ni medida en ninguno de sus actos musculares.

La corea ó baile de San Vito nos da ocasión de estudiar individuos en los que la coordinación de los movimientos ha desaparecido. Para restablecer la disciplina en sus alocados músculos, nada mejor que esos ejercicios que exigen para cada movimiento una intervención formal de los centros nerviosos.

Pero, fuera de ciertos casos muy especiales, los ejercicios difíciles no deben ser empleados por la medicina. Puede ser un pasatiempo útil, y hasta una pasión saludable capaz de preservar á un joven de muchos peligros; pueden dar al hombre un sentimiento de confianza en sí mismo, porque son útiles para la defensa personal; pueden, por último, hacer de un paleta un hombre listo y con soltura, pero no harán jamás de un individuo enclenque un hombre sólidamente construído.

Cada ejercicio tiende á modificar el organismo en un sentido favorable á su ejecución, y á crear tipos aptos para cumplirlo. Esto es una consecuencia de la ley fisiológica, en virtud de la cual «la función crea el órgano». Basta conocer el tipo de estructura que mejor conviene al éxito de un ejercicio dado para deducir con verdad que la práctica de ese ejercicio tenderá á modificar, en el sentido de aquel tipo, la conformación del individuo que á tal ejercicio se entregue. Los ejercicios de fuerza tienden á hacer al individuo más pesado, los de velocidad á hacerle más ligero. Pueden encontrarse entre los animales y los hombres analogías de conformación, que se relacionan de un modo notable á las analogías de trabajo. El mozo de cordel y el luchador están conformados como el buey y el caballo de tiro; el pugilista inglés, como el perro de presa. Si se estudia el resultado de los ejercicios difíciles, se notará una semejanza notable entre el hombre que se dedica á ellos mucho y el animal que sobresale en los mismos: el acróbata se parece al mono.

Tal es el resultado más notable de los ejercicios difíciles; tienden á hacer los movimientos más ligeros, y la ejecución del trabajo más fácil. Pero precisamente, en virtud de la economía de fuerza que resulta de la habilidad adquirida, asocian menos que los demás ejercicios las grandes funciones del organismo al trabajo muscular. Economizando la fuerza gastada, tienden á disminuir el gasto de calor, á reducir todo lo más la intensidad de las combustiones y la producción del ácido carbónico que es el resultado de ellas. De este modo, el deseo de respirar está poco desarrollado, y no tiene tendencia á producirse la sofocación. Por las mismas razones, la circulación de la sangre es también menos activa en los ejercicios de habilidad que en los de fuerza y rapidez. No son aquéllos los ejercicios que influyen con más intensidad en la circulación y la respiración.

En cambio, tales ejercicios producen en el sistema nervioso efectos particulares, que se explican por la intervención demasiado activa de las funciones de enervación en la coordinación de los movimientos.

Si se considera desde el punto de vista de la higiene pura, puede decirse que los ejercicios difíciles están lejos de tener la utilidad que los de fondo ó velocidad. Bien raros son los casos en que el médico deba dar preferencia al trabajo de coordinación sobre el de fuerza.

El refinamiento del sentido muscular, la destreza extrema de los movimientos, pueden ser útiles en ciertas circunstancias de la vida. Es sin duda muy práctico saber manejar la espada cuando se afrontan las luchas del periodismo ó de la tribuna; es de mérito, en caso de incendio, poder trepar como un mono á lo largo de una cuerda lisa; no es desagradable poner en sus menores movimientos un sello de facilidad que haga elegantes todas las actitudes del cuerpo. Pero la higiene se coloca en un punto de vista muy diverso. El cuerpo tiene necesidad, para conseguir su completo desarrollo, de que la parte más material de la máquina humana entre vigorosamente en juego. Ahora bien; los ejercicios que desarrollan la destreza del individuo tienden á hacer soportar la mayor cantidad de trabajo á las partes más delicadas del organismo humano. Acarrean una economía en la fuerza gastada por los músculos, gracias á un trabajo suplementario que se salda á expensas de los nervios y del cerebro.

En los ejercicios difíciles, todas las facultades psíquicas deben venir á asociarse al trabajo muscular. De aquí dimanar las condiciones más características de los ejercicios

de dificultad; exigen un trabajo cerebral. El juicio, la memoria, la comparación, la voluntad; tales son los factores de orden moral que presiden su ejecución. El cerebro, el cerebelo, los nervios sensitivos; tales son los órganos materiales cuyo concurso muy activo es indispensable.

Los sujetos cuyo cerebro sufre ya gran desgaste por el trabajo intelectual, no son, pues, individuos á quienes convengan ejercicios difíciles.

Con efecto, ¿cómo esperar que puedan descansar los centros nerviosos y calmarse el eretismo cerebral bajo el influjo de un ejercicio que hace entrar en acción el encéfalo y el sistema nervioso entero? Y, sin embargo, tal es el error oficialmente cometido; los ejercicios difíciles forman las tres cuartas partes de la enseñanza gimnástica adoptada por la Universidad. Todos los ejercicios que se ejecutan con aparatos piden un largo aprendizaje. El trapecio, las anillas y la barra fija son el terror de ciertos principiantes, que ponen en tortura, no los músculos, sino el cerebro, para llegar á dominar un movimiento difícil, cuya ejecución no les cuesta después sino uno débil en cuanto se han apoderado de su mecanismo.

Demasiado trabajo nervioso y demasiado poco trabajo muscular; tal es la tacha que se puede poner á la mayor parte de los ejercicios que obligan á un largo aprendizaje y se hallan más en boga actualmente en todos los establecimientos de educación.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducido por Ricardo Rubio.)

AL SENTIDO COMÚN

La muerte de Zola ha dado ocasión al desenfreno de la fraseología burguesa.

Esa, burguesía de lenguaje melifluo y corazón de usurero, después de agotado el vocabulario de las alabanzas sobre la tumba del maestro, sin contar con que el maestro se complacía en el aislamiento y odiaba á «los necios que os saludan al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianta», emplea el repertorio completo de las frases hechas sin sentimiento y aun sin sentido sobre el proletariado, hablándole del redentor perdido como preparando el terreno para el encumbramiento de futuros redentores.

Tomemos nota de esta declaración: el proletariado necesita redimirse.

Novedad trasnochada es esta sobre la cual se ha discurrido mucho hace ya tanto tiempo como cuenta de existencia el famoso aforismo revolucionario «la emancipación social de los trabajadores ha de ser su propia obra»; pero la procedencia de la declaración, la circunstancia de que reconozcan el pensamiento que constituye su esencia los mismos que antes le negaban y que forman parte de la clase opresora, reclama la atención.

Sí, repitámoslo: el proletariado necesita redimirse. La ciencia, desde las alturas de la cátedra de la Universidad de Iena lo proclama con frase franca y severa; Haeckel, en su obra *Los Enigmas del Universo*, que resume la grandiosa labor intelectual del siglo XIX, lo difunde por el mundo:

«...Hay importantes dominios de la vida moral y de las relaciones sociales, sobre las cuales no podemos reivindicar sino un débil progreso con relación á los siglos precedentes, y frecuentemente, por desgracia, hemos de patentizar un retroceso.

»Este conflicto manifiesto produce, no sólo un sentimiento de malestar, el de una escisión interna, de una mentira, sino que además nos expone al peligro de graves catástrofes sobre el terreno político y social.

«Contemplando con legítimo orgullo los inmensos progresos realizados por el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo desgraciadamente muy diferente y mucho menos agradable se nos ofrece si consideramos otros aspectos igualmente importantes de la vida moderna. Con pena tenemos que suscribir este pensamiento de Alfred Wallace: «Comparando con nuestros admirables progresos en las ciencias y sus aplicaciones, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral, han quedado *en estado de barbarie.*»

Claro es como la luz del día, que si amenaza aquel conflicto y si persiste ese estado de barbarie á pesar del derrumbamiento de los antiguos imperios, de la revolución cristiana, del renacimiento, de la constitución de los municipios, del inmenso vuelo de la filosofía, de la revolución democrática y del grandioso desarrollo de la ciencia y de la industria, débese á que hay quien de esa barbarie abusa y quien de ella es víctima, á que queda un germen de ignorancia y de maldad cuidadosamente cultivado y conservado para que el privilegio se perpetúe y los desheredados, los oprimidos, los villanamente despojados de la riqueza social vegeten en el último escalón de la desigualdad.

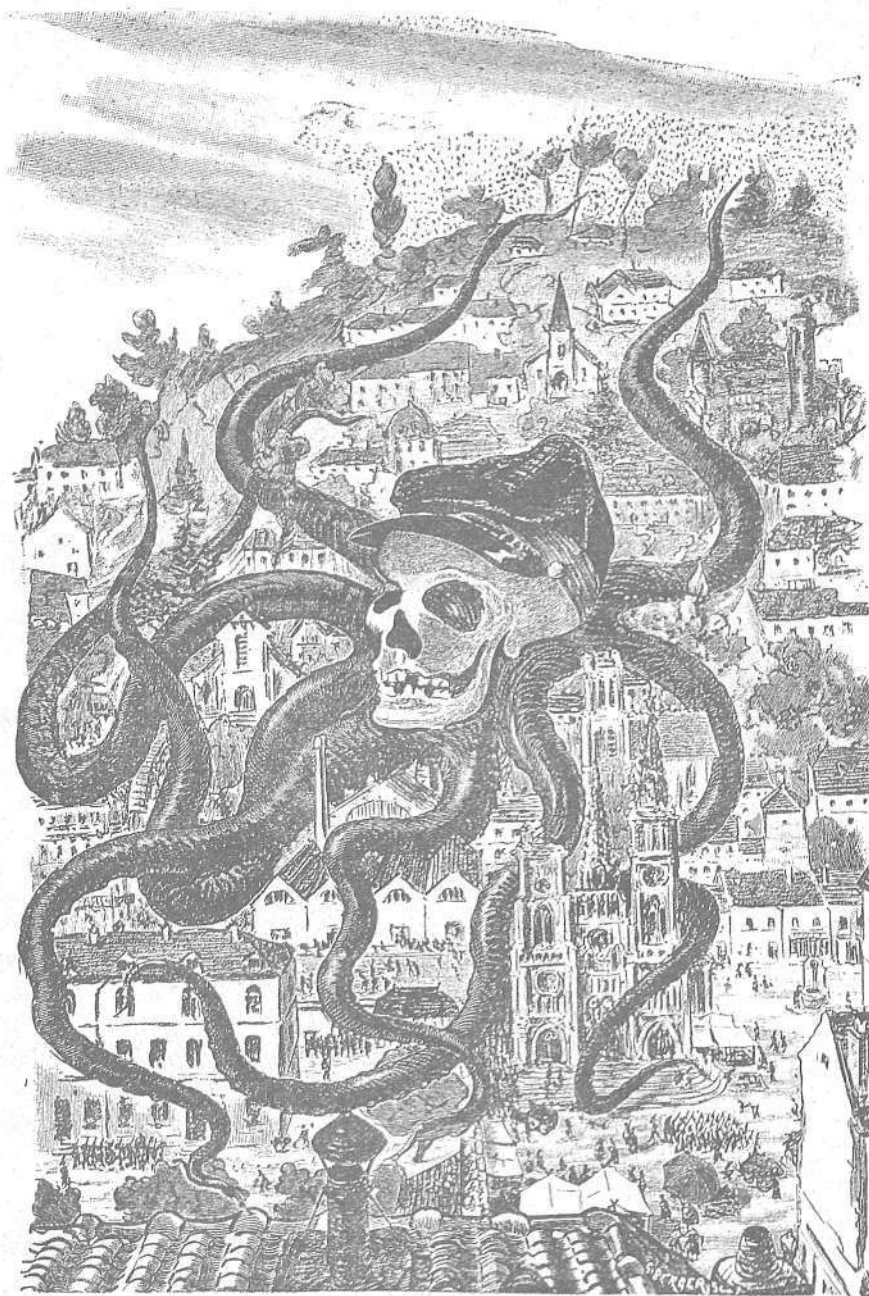
De que sea precisa la redención no se infiere la necesidad de un redentor, ni menos hay razón para clasificar á Zola entre los redentores.

Precisamente porque no intentó serlo y porque dió el valor de su pensamiento y el prestigio de su arte á la obra emancipadora, sin propósitos ocultos que la desviarán de su cauce natural, como intentan, sin lograrlo, cuantos quieren que la iniciativa, la energía y el ideal del proletariado se sometan á la dirección de un hombre ó al programa de un partido, es por lo que los trabajadores conscientes, los que quieren redimirse á toda costa y los que aspiran á la sociedad libre, deploran la muerte del gran hombre y son los primeros en reconocer sus méritos y en utilizar sus enseñanzas.

Aquí hay un equívoco que es necesario desvanecer á toda costa: frente al mal social, existente siempre, constantemente denunciado é ineficazmente combatido, se han presentado en todas épocas, y así quiere continuarse en el día, remedios paliativos, y sistemáticamente se ha rechazado el remedio radical. Ha predominado la falsa idea del valle de lágrimas cristiano, continuada por la supuesta imposibilidad de la justicia social propagada por los doctores del pesimismo, y sobre base tan mezquina se ha edificado la caridad y el oportunismo, y el trabajador ha rellenado sus deficiencias con la limosna ó con la ilusión evolucionista, mientras que la propiedad social, la formada por los bienes naturales y la acumulada por el trabajo de los pobres trabajadores era usurpada por los ricos holgazanes.

Pues si el mal es tan extenso como enseñó Zola y tan profundo como demuestra el docto catedrático de la Universidad de Iena, el proletariado, enfrente de los teóricos, de los falsos redentores, de los sistemas y de los retóricos de todas clases, por desgracia tan abundantes, no tiene más que recordar con la Internacional que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material, y hacer práctica la resolución adoptada por el mismo proletariado en el Congreso internacional de Basilea en 1869; la abolición de la propiedad de la tierra, la de los medios de producir y la del derecho individual de herencia; es decir, poner término á la usurpación que á través de los siglos perpetran los privilegiados, y establecer de una vez y para siempre el patrimonio universal en beneficio de todo el mundo.

• ANSELMO LORENZO.



(Del libro «Guerre-Militarisme», editado por *Les Temps Nouveaux*, Paris.)